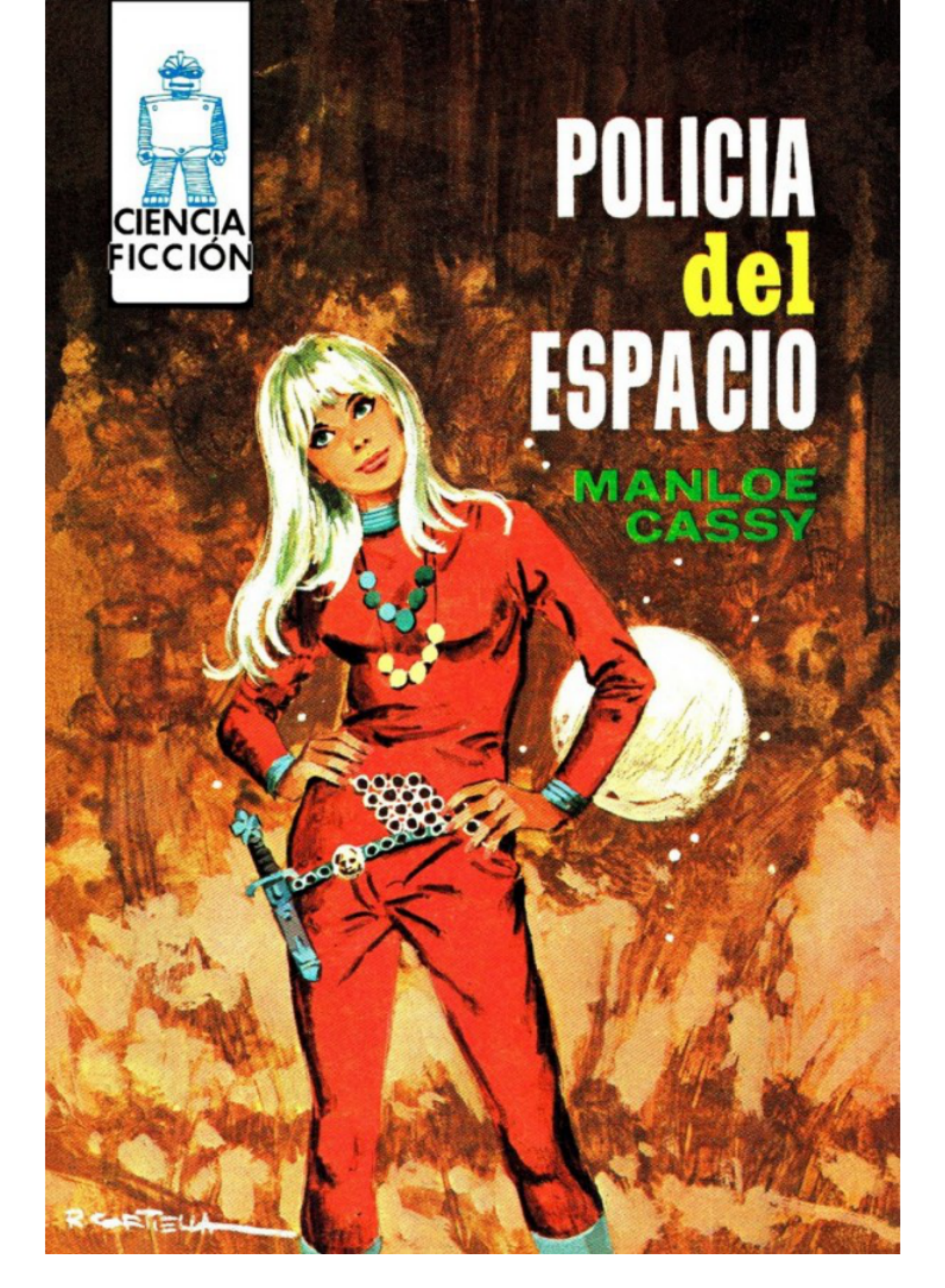

CIENCIA
FICCIÓN
POLICIA
del
ESPACIO
MANLOE
CASSY

MANLOE CASSY

POLICIA DEL ESPACIO

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona Buenos Aires

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 28.422 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

El aeromóvil armado, en forma de huso, se mantenía inmóvil, a unos dos mil metros de altura, sobre el astropuerto interplanetario de Nueva York.

Los tres ocupantes del vehículo se mantenían expectantes, escrutando atentamente el cielo.

El que se hallaba en el puesto de mandos repitió por última vez sus instrucciones:

— Ya estáis enterados. En el momento en que el aerotransporte de Correos se separe de la nave espacial, lo seguiremos. Al llegar al lugar convenido, será atacado por dos «C». Nosotros, entonces, nos apodaremos de la caja de las piedras y la llevaremos a la Base Cobra. Eso es todo.

— Bueno, Ximius, ya te hemos oído y sabemos lo que tenemos que hacer. Ahora dinos: tanto Wolstramz como yo queremos saber qué importancia tiene esa caja procedente de Gomnessia.

—Está bien, Landiecz, creo que tenéis derecho a saber por qué os vais a jugar la piel. En esa astronave, procedente de Marte, envían una caja de piedras preciosas, halladas en el asteroide Gomnessia, recién explorado. Es uno de los muchos que giran entre Marte y Júpiter. Creo que éste tiene el número 1.777, y fue descubierto, por un tal L. Boyer, en 1930, o sea, hace exactamente 120 años. Según las noticias que se han infiltrado a través de los Servicios de Seguridad Interplanetaria, en las exploraciones que se llevan a cabo desde las bases de Júpiter, se han descubierto metales raros y también han hallado oro, platino, etc., pero en cantidades que no merece la pena realizar su explotación y traslado a la Tierra.

— ¿Dónde se han llevado a cabo esas exploraciones?

— En otros asteroides, Como Cimbria, Arosa, Aster, Asterope... bueno, en varios de ellos con nombres que ahora no recuerdo. Pero el último que han explorado, Gomnessia, produce piedras preciosas en cantidad y calidad que podría hacer rentables su explotación. Y en esa caja vienen las muestras...

— ¡Ya está ahí! — gritó Wolstramz, señalando un punto en el cielo.

Una gigantesca nave espacial se acercaba a gran velocidad a la Tierra.

De pronto giró sobre sí misma, como si fuera a alejarse

nuevamente hacia el espacio.

Sus toberas lanzaban cuatro chorras de llamas, que llegaban hasta unos cien metros por encima de la pista de aterrizaje.

Evolucionó unos momentos por encima del aeropuerto, y luego, la inmensa mole fue descendiendo lentamente, hasta realizar correctamente la «toma de tierra».

Por fin, la nave quedó correctamente situada en la pista.

Las escotillas se abrieron en la parte superior, para dar salida a los pasajeros y a la tripulación, que pasaban por un pasillo a la torre de ascensores.

Entre tanto, se abrió la poterna de carga para descargar las mercancías y equipajes.

Varios aerotransportes atracaron junto a la plataforma de carga, entre los que se destacaba uno, de mayor tamaño y de línea más elegante, con las siglas «U.S.A. MAIL».

— Atentos ahora —dijo Ximius a sus hombres —. Dentro de unos momentos, el aerotransporte de Correos, iniciará el despegue.

Las transportadoras neumáticas habían trasladado la correspondencia al interior del vehículo en poco más de diez minutos.

Dos hombres transportaban una pesada caja metálica, escoltados por tres guardias armados.

La caja fue depositada en el interior de la cabina, y los dos funcionarios la acomodaron en el asiento posterior, quedando los tres guardias de pie, sin pérdida de vista.

Los funcionarios del aeropuerto abandonaron el vehículo, la portezuela de acero se cerró y el aerotransporte abandonó la plataforma.

Su afilada proa enfiló hacia el canal de vuelo, y, una vez en él, aceleró y partió raudo hacia la ciudad, a unos ciento diez kilómetros del Astropuerto Interplanetario.

Ximius comunicaba ahora por onda ultracorta:

—Ximius a «Cobra»... Ximius a «Cobra»... Cambio.

La respuesta le llegó en seguida:

— «Cobra» a Ximius... Le escuchamos. Cambio.

— Ximius a «Cobra»... salimos. Volamos por el canal MT-22... siguiendo al objetivo... Cambio.

— «C-2» y «C-3» en sus puestos. Procedan. Corto.

El vehículo se mantenía a la zaga del aerotransporte de Correos, volando por el mismo canal, a una velocidad de trescientos kilómetros por hora.

Por delante del aerotransporte postal, surgieron de pronto dos puntos, que rápidamente se fueron aproximando hasta colocarse ante la proa del transporte.

De los dos pequeños aeromóviles surgieron unas líneas

luminosas que trazaron una especie de enrejado en el espacio. Al llegar el pesado transporte a las líneas luminosas, su cubierta se rasgó a todo lo largo, como si una sierra invisible hubiera cortado las planchas de vidrio metal de que estaba fabricada.

La parte superior del vehículo voló por los aires, y los hombres que iban en su interior, a causa de la diferencia de presión, saltaron despedidos.

El aerotransporte, sin tripulación, siguió su vuelo, aunque a menos velocidad y cabeceando ostensiblemente.

La nave armada de Ximius sobrevoló el aerotransporte hasta situarse sobre la cabina.

En el fondo de la nave se abrió una escotilla, por la que descendió una escalerilla, terminada en unos garfios, que se encajaron en las asas de la caja metálica depositada sobre el asiento.

Una vez afianzada la caja, una pequeña bola brillante cayó de la nave de Ximius en el interior del aerotransporte, que rápidamente quedó atrás, mientras la escalerilla retráctil introducía la caja en la cala de aquel extraño vehículo volador.

Medio segundo después, una explosión dispersaba los restos del aerotransporte de Correos en el aire, mientras Ximius comunicaba:

— Ximius a Cobra... Ximius a Cobra...

— Cobra a Ximius..., recibido.

— Ximius a Cobra... Objetivo conseguido... Regresamos a la base... abran escotilla X-3...

— Cobra a Ximius... recibido.

La nave prosiguió su vuelo, cambió de rumbo unos 350 al Norte, y, una vez en el canal de vuelo para regresar a su base, aceleró la marcha, antes de que las patrullas de la Seguridad Aérea se salieran en su persecución.

Pasó raudamente sobre un extremo de la ciudad, sobrevoló el Atlántico durante unos quince minutos, y por último dirigió su proa hacia un gran navío, que navegaba hacia el Sur, siguiendo la línea de la costa.

El aeromóvil volaba casi a ras de agua en dirección al costado de estribor del buque, en el que se abrió una amplia escotilla.

En la proa del aparato volador se encendieron los cohetes de frenado, para entrar suavemente por la escotilla del buque, que se cerró en cuanto el aparato desapareció en su interior.

La parte delantera del aeromóvil quedó empotrada en unos amortiguadores provistos de frenos hidráulicos, qué inmovilizaron el aparato junto a un andén metálico.

Ximius fue el primero en saltar y quitarse el casco de vuelo, seguido por sus compañeros, que transportaban entre los dos la pesada caja metálica.

Un sujeto alto, vestido totalmente de blanco, les estaba esperando:

— ¿Algún inconveniente?

— Ninguno — informó Ximius —. Todo ha salido perfectamente. ¿Han regresado ya los dos «C»?

— Sí, han entrado por babor hace unos segundos.

— Nunca creí que las nuevas armas fueran tan eficaces. Cortaron la cubierta de vidrioacero como si fuera de mantequilla.

— Es una versión muy moderna y perfeccionada del rayo «láser». Síganme con la caja.

Tomaron un ascensor, que los condujo inmediatamente hasta la cámara principal del buque.

— Van a ver al capitán Frantker, que manda este buque... y a los tres jefes de «Cobra», a quienes seguramente conocerán: «Co-1», «Co-2» y «Co-3», el triunvirato del mando supremo. Limítense a informar, si les preguntan, y salgan tan pronto como les hagan la señal de abandonar la cámara.

— Oiga, Zacearía, usted es nuestro jefe de grupo, y siempre hemos obedecido sus órdenes sin hacer preguntas. Ahora quisiéramos hacerle un ruego.

— Si está en mi mano...

— Quisiéramos ver el contenido de esa caja. Sólo verlo, sin tocar ni analizar nada; simplemente verlo.

— Es una petición lógica. Pero es posible que ni siquiera a mí me permitan estar presente cuando la abran. Ya veremos.

En el panel del frente se encendió una lucecita verde y seguidamente se abrió la puerta.

Entraron cinco personajes.

Uno de ellos llevaba aún el traje y casco de vuelo.

Le seguía un hombre alto y delgado, de pelo gris, que vestía uniforme y gorra de marino. Era el capitán Frantker, comandante del buque...

Los otros tres personajes vestían monos de color naranja y casco similar a los de vuelo, pero de un material más ligero y flexible. La parte inferior del casco, que les ocultaba parte del rostro, era de plástico oscurecido, por lo cual no era posible distinguir claramente las facciones de aquellos tres hombres.

Por lo demás, eran de la misma estatura y corpulencia, y lo único que distinguía a unos de otros eran las letras bordadas en plata sobre el pecho, «Co-1», «Co-2» y «Co-3». En cada mono había bordada, además, una serpiente cobra, enroscada, y con la cabeza erguida, en actitud de atacar.

«Co-1» presentó al hombre del traje de vuelo:

— El comandante de astronave Katzergers, que en lo sucesivo

formará parte de nuestra organización.

Fue presentando uno por uno al comandante; luego prosiguió:

—Hemos realizado una verdadera hazaña al apoderarnos de ese envío procedente de Gomnessia, que los altos dirigentes de la S.W.A. [1] esperaban con tanta impaciencia.

—Nosotros seremos los primeros en apreciar si estas piedras preciosas son realmente valiosas — agregó «Co-2».

— En caso de que sea rentable su explotación, nos apoderaremos de Gomnessia — concluyó «Co-3».

—Comandante Katzergers, usted nos pasó la confidencia de que la astronave procedente de Marte traía esa caja. Por tanto, corresponde el honor de abrirla — declaró «Co-1».

El comandante se acercó a la caja y examinó las cerraduras.

Extrajo de su traje de vuelo una especie de lapicero grueso, en cuyo extremo posterior manipuló, y dirigió hacia la cerradura la punta de lo que debía ser el lápiz.

Surgió un fino haz luminoso, que en pocos segundos redujo a polvo el metal de la cerradura, y la caja quedó abierta.

Levantó la tapa y debajo apareció un paño azul oscuro, de un material brillante semejante al terciopelo.

El comandante miró a todos los presentes, que permanecían atentos y expectantes; luego, arrancó la tela de un tirón.

CAPÍTULO II

El altavoz de la oficina de Seguridad Aérea empezó a dar órdenes:

— ¡Atención... atención...! ¡Todas las escuadrillas en estado de alarma... todas las escuadrillas en estado de alarma... !Las escuadrillas de reconocimiento A-3 a A-10, que cubran inmediatamente los canales superiores de vuelo de Nueva York y una faja de un perímetro de 100 millas... busquen aparatos armados que han destruido un aerotransporte de Correos... Todas las escuadrillas deben despegar inmediatamente de sus respectivas y cubrir los canales de vigilancia... Disparen para inmovilizar cualquier aeromóvil que no obedezca la orden de alto... Si ofrecen resistencia, disparen a destruir... disparen contra cualquier nave que no se identifique...

Las órdenes se multiplicaban; en el plazo de unos minutos, diez mil aeromóviles armados cubrían el espacio de la ciudad y una faja de cien millas alrededor de ella.

Katia Waltz, secretaria del Departamento de Seguridad de la S.W.A., recibió una llamada por el transistor conectado a su reloj de pulsera:

— Katia, al despacho del jefe de Seguridad.

— Enterada.

Atravesó su amplio despacho, abrió una puerta de cristal opaco y entró en un estrecho cubículo blanco. Apretó un botón, y el aparato salió disparado hacia arriba, como un cohete.

Cinco segundos después, estaba en el despacho del jefe del Departamento de Seguridad de la S.W.A.

— ¿Me llamó, señor Lowitz?

— Sí, Katia, acérquese.

Sobre la mesa tenía extendidas diez tarjetas de identificación, con sus respectivas fotografías de frente y de perfil. Tenía otras cinco en la mano izquierda.

— Mire estas fichas, Katia. Voy a confiar en su intuición femenina.

— Ya sabe que no me gusta dar mi opinión en asuntos de responsabilidad, jefe. Si me equivoco, todas las culpas recaerán sobre mí.

—En este caso, ya tengo casi la certeza de quién ha sido el traidor, pero quiero que me lo confirme.

— ¿Qué he de hacer?

— Estudie estas fichas y, sobre todo, las fotografías. Uno de estos quince comandantes de astronave nos ha traicionado. Trate de concentrarse y, tras estudiar todos los datos, dígame cuál cree que es el traidor.

— ¿Por qué ha seleccionado esas cinco que tiene en la mano?

— Porque son los más modernos. Hace sólo un año que consiguieron la licencia internacional de comandantes de astronave.

—¿Y eso los hace más sospechosos?

— En modo alguno. La ambición puede tentar a un hombre en cualquier momento de su vida.

Katia tomó primero las cinco fichas que tenía el jefe en la mano y las miró atentamente, una a una.

Al mirar la tercera, el rostro sonriente de un joven comandante la hizo ruborizarse:

— Oiga, jefe, ¿por qué ha seleccionado también la ficha de Pitt? ¿Acaso duda de su lealtad?

— No, pero Pitterssen es uno de los comandantes que estaban enterados del envío de piedras preciosas en el YP-107. Sé que está actualmente en vuelo hacia Mercurio, tripulando el YP-111, pero pudo ponerse en contacto con los piratas de alguna forma.

— No lo creo.

— Pues descártelo.

— No crea que es por nada personal, pero Pitt es joven y su máxima ambición era conseguir la licencia internacional. Ya la tiene, y ahora su ambición es... bueno, casarse conmigo. No le creo capaz de una cosa tan baja, ni pondría en juego su licencia y mi amor por todo el oro del Universo.

— No necesita convencerme. Descártelo.

La joven siguió estudiando las fichas en silencio; durante más de media hora, el coronel Lowitz permaneció inmóvil, observando las reacciones del bello rostro de Katia, mientras estudiaba las fichas.

Por fin seleccionó dos.

— ¿Puedo hacerle una pregunta? — pidió a su jefe.

— Hágalo.

— El comandante Wortington ¿continúa confinado en la astroprisión de Vulca?

— Sí, allí continúa. Le faltan aún tres años para cumplir su condena, ¿por qué?

— Porque su ficha está aquí, con las demás.

— No hay que descartar la posibilidad de que se haya enterado de algo y haya enviado un mensaje a la Tierra...

— Entonces habría que buscar un segundo comandante traidor, el que hubiera servido de mensajero. Ya sabe que a la astroprisión sólo

tienen acceso los comandantes en vuelo de aprovisionamiento o que conducen prisioneros. Y que yo sepa ningún prisionero ha sido puesto en libertad en los dos últimos meses, tiempo que hace que se descubrieron las piedras preciosas en Gomnessia.

— Tiene usted razón, Katia, no había pensado en eso. ¿De quién es esa ficha que le queda, una vez descartado Wortington?

— Del comandante Kartzergers. Tengo la impresión de que el traidor es él. No me pregunte por qué, pues no podría explicarlo, pero ésa es la impresión que me produce su cara y su gesto.

— Pues la felicito, porque es el sospechoso número uno. Ha desaparecido de su base, y ya he dado órdenes para que lo capturen!

— ¿Cuál fue su último vuelo?

— Ha regresado esta mañana de Marte, en el YP-107. Era el segundo comandante de la nave, a las órdenes del mayor Pontzarech.

— Entonces tuvo que comunicarse por radio. Como segundo comandante, durante sus tumos de guardia pudo enviar cuantos mensajes le vinieran en gana, por la onda especial que usen esos criminales.

Una voz habló en aquel momento por un altoparlante.

— El capitán Konrad, de la Policía de Seguridad Aérea, pide permiso para ver al coronel Lowitz.

— Que pase el capitán Konrad — autorizó el jefe.

La puerta automática del elevador rápido se abrió y entró en el despacho un joven oficial de las Fuerzas de Seguridad Aérea. Llevaba en la mano una bolsa de plástico, que abultaba bastante.

— ¿Qué es eso, capitán? — preguntó el coronel señalando a la bolsa.

— Los restos del aerotransporte postal destruido. Es todo lo que se ha encontrado esparcido en un radio de diez kilómetros. Lo demás ha sido desintegrado.

— ¿Han sido examinados esos restos por los técnicos del Laboratorio Central?

— Sí, señor, han sido sometidos a un primer estudio, del que se deduce que el aerotransporte fue atacado por una nave militar. Hay señales en los bordes de los trozos de plancha de vidrioacero de quemaduras por rayos láseres. También se ha observado radiactividad en dos de los fragmentos de acero, procedentes de piezas del motor. Según los técnicos, la nave fue atacada primero por aparatos provistos de rayos láseres muy perfeccionados; después lanzaron una pequeña bomba atómica sobre el aerotransporte, que lo desintegró en el aire.

— ¿Alguna pista?

— Nada en concreto aún, pero... bueno, no sé si debo hablar sin haber comprobado antes mis sospechas.

— Hable. Cualquier pista es mejor que partir de cero.

— Existe una organización criminal muy poderosa. Tengo en la oficina notas procedentes de Tokio, Moscú, Londres, Madrid, Lisboa... Se trata de una organización internacional. Controlan el mercado de divisas de varios países africanos no pertenecientes a la S.W.A. y, sobre todo, especulan con piedras preciosas.

— ¿Cómo se llama esa organización?

— «Cobra».

— Sí. He oído hablar de ella. Pero ¿cree que posean medios para atacarnos en nuestra propia base central?

— Eso es lo que motiva mis dudas. Nuestros servicios de información no han observado ninguna instalación ni aparatos en vuelo sospechosos de pertenecer a «Cobra». Por otra parte, los aparatos que han realizado el ataque tienen que ser forzosamente aeromóviles ultrarrápidos, de pequeño radio de acción, con la base situada, como máximo, a doscientas millas del lugar del ataque. Que yo sepa, no existen aparatos de ese tipo.

—¿Y no hay ninguna instalación sospechosa dentro de ese radio de acción?

— No. Estamos absolutamente seguros.

— ¿No existe la posibilidad de una base subterránea, instalada en el interior de una montaña... o bajo un lago?

— Hubiéramos detectado algún aparato en vuelo, o bien los transportes de materiales, aparatos, etcétera, para su montaje. Desde que pertenezco a las fuerzas de Policía, no se ha tenido ninguna noticia al respecto.

— ¿Y en una astronave que se mantenga en órbita...?

— Ya hemos pensado en eso. Nuestra estación de vigilancia y detección de astronaves de la Luna ha sido alertada. Antes de venir a verle, me comuniqué con aquella base. Sólo se han detectado las astronaves en vuelo normal.

— Pues, sí que es un misterio...

— No tanto — intervino Katia.

— ¿Qué quiere decir, Katia?

— Se pasan ustedes la vida en el espacio y sólo piensan en el espacio o en la tierra como posibles lugares para la base de «Cobra».

— ¿Qué sugiere? — preguntó el coronel.

— Un buque navegando a lo largo de las costas, fuera de nuestras aguas jurisdiccionales. Tiene la ventaja de su constante movilidad y cambio de emplazamiento y absoluta libertad para maniobrar en el sentido más conveniente para acercarse a su objetivo, lanzar sus pequeños aparatos de caza, y ocultarlos al regreso de su misión. Por otra parte, esos rápidos aparatos, volando a ras de agua, escapan a la detección de nuestras estaciones de radar...

— No diga más, Katia. Creo que ha dado en el clavo. ¿Qué le

parece, capitán?

— Que es la única posibilidad que nos queda. Y que ninguno de nosotros ha pensado en ello, obsesionados con la idea del espacio. La felicito, Katia, tiene más intuición policíaca que todo mi departamento junto. Y somos más de quinientos.

— Capitán, ordene una búsqueda intensiva a lo largo del litoral. Envíe avionescohete de combate, de gran radio de acción, y aparatos de reconocimiento armados... Llévese a Katia como ayudante en su propio aparato, pues merece el honor de hacer ella el descubrimiento. Estoy seguro que será la primera que divise al buque de «Cobra». Buena suerte.

Konrad y Katia se encontraron en el pasillo, mirándose un tanto azorados:

— Bueno, Katia, ya ha oído. Tiene que volar conmigo, en busca de ese dichoso buque que se ha sacado de su linda cabecita.

— Un momento, capitán. Yo me he limitado a dar mi opinión, y el coronel...

— La ha creído sin titubear, igual que yo. Vamos, tengo mi aeromóvil a la altura del piso 46, que nos llevará a la base de las Fuerzas de Seguridad Aérea en diez segundos.

— Pero no estoy preparada para vuelos supersónicos, llevo el traje de oficina...

— Que le sienta estupendamente. Pero no se preocupe, en la base tenemos trajes de vuelo que le estarán bien.

Tomaron un ascensor rápido, que los dejó en el piso 46, salieron a la plataforma de aterrizaje de aeromóviles, y en pocos segundos llegaron a la base.

Veinte minutos después, partían cincuenta aparatos de combate y reconocimiento, la mitad de los cuales se dirigieron hacia las costas del Canadá y al resto hacia el golfo de Méjico.

Konrad, desde el asiento del piloto, preguntó a Katia que ocupaba el puesto de observador:

— ¿Ruta?

— Hacia Las Antillas. Tengo el presentimiento...

— ¡No diga más! ¡Iremos a Las Antillas!

* * *

Co-1 llamó a su cabina al capitán Frantker, comandante del buque.

— Frantker, estoy seguro de que esos yanquis ya se habrán dado cuenta de que tenemos la base en un buque, a menos que sean tontos. Y creo que de tontos no tienen nada.

— Estoy de acuerdo con usted, Co-1.

— Entonces, dentro de pocos minutos, tendremos sobre nuestras

cabezas toda una flota aérea, tratando de darnos caza.

— Espero sus órdenes.

— Rumbo a Las Antillas. Allí podremos ocultarnos y pasar inadvertidos.

— ¿Y si nos alcanzan antes de ponernos a cubierto?

— Que se preparen las tripulaciones de cuatro aparatos de caza. Que estén alerta para despegar inmediatamente que sea descubierto un aparato enemigo.

— ¿Y si probáramos en esta ocasión el aparato paralizador del doctor Xenius?

— ¿Está ya terminado?

— El doctor asegura que sí. Ya está instalado el proyector de rayos sobre la toldilla de popa.

—¿Lo ha probado?

—No. Tendríamos que exponer un aparato y la vida de un hombre.

—Eche suerte entre los pilotos y envíe al que sea señalado por la suerte a sobrevolar el buque en misión de vigilancia. Luego mande funcionar ese maldito trasto a ver si es de utilidad. Hemos gastado demasiado dinero, para dejar ahora de probar si vale para algo, basándonos en sentimentalismos. Vaya. ¡Ah! Elija para el experimento un aparato equipado sólo para vuelos de entrenamiento, y que no sea muy nuevo. No quiero perder un buen aparato.

— Sí, señor.

* * *

Ximius y sus hombres estaban aún impresionados por la visión de las piedras preciosas contenidas en la caja metálica procedente de Gomnessia

— Te aseguro, Landiecz, que en esa caja hay más de mil millones de dólares. Todos los diamantes son purísimos, y el más pequeño pasa de los treinta quilates. Había uno de ciento veinte quilates, que fue el que el doctor Xenius examinó con aquel aparato tan complicado. Dijo que era perfecto y de valor incalculable. Luego había rubíes como huevos de paloma, esmeraldas, topacios... la locura. Te digo que, en la primera ocasión, me voy a Marte a ver si puedo introducirme entre la tripulación de alguna nave que vaya a Gomnessia...

— No necesitarás ir por tu propia voluntad, ya te llevarán. ¿Cuál crees que será el segundo paso que den nuestros jefes? —preguntó Wolstramz.

—No podemos, ni debemos tratar de adivinar cuáles son los proyectos de nuestros jefes. Nuestra misión es cumplir sus órdenes sin hacer preguntas, y nada más —replicó el jefe del grupo en tono

severo.

Un marinero entró en la sala de los pilotos:

— Dice el capitán Frankter que suban todos a cubierta.

El capitán se hallaba en la toldilla de proa, con una bolsa de piel oscura en las manos.

— Voy a sortear entre ustedes para designar al que ha de realizar un vuelo arriesgado. Se trata de sobrevolar el buque, a dos mil metros de altura, a ver si puede eludir el fuego antiaéreo.

— Pero, capitán — expuso el jefe del grupo —, considero inútil y muy arriesgado ese experimento. La defensa antiaérea del buque ya ha sido probada en diversas ocasiones... Su eficacia no admite dudas.

— No me ha entendido — cortó el capitán —. No se trata de probar las piezas convencionales de defensa antiaérea, sino un nuevo proyectil de cabeza térmica, dirigido por una nueva energía. Sólo se trata de comprobar si el proyectil «encuentra» el blanco a esa altura, mientras el piloto trata de eludir el fuego a su velocidad máxima, aumentada por la del buque, navegando en sentido opuesto. Naturalmente, el proyectil no llevará carga explosiva.

Ximius dio un paso al frente:

— No es necesario hacer sorteo, señor. Me ofrezco voluntario para el experimento.

— Está bien. Venga conmigo.

En poco más de tres minutos, el aparato estuvo en vuelo, y consiguió la altura necesaria.

El doctor Xenius, junto a su extraño aparato, ajustó unos oculares, situó en el centro de las miras la silueta del pequeño aparato de caza, que volaba hacia el buque a la Velocidad de 2 Match y, cuando llegaba a la vertical sobre el barco, apretó un botón rojo.

Se oyó un fuerte siseo, un rayo de calor naranja ascendió hacia el cielo y el aparato quedó inmovilizado en el aire.

Xenius bajó una palanca, volvió a apretar el botón rojo y el aparato empezó a descender planeando en círculos, hasta hallarse a veinte metros sobre la cubierta.

Entonces, apretó un botón azul, y el aparato se posó suavemente sobre cubierta.

El piloto Ximius estaba inconsciente sobre los mandos.

Un hililllo de sangre brotaba de su nariz y se perdía bajo el barboquejo de su casco de vuelo.

CAPÍTULO III

En poco más de una hora, el aparato de Konrad se hallaba sobrevolando el cabo Hatteras.

Katia observaba por los aparatos ópticos, dominando desde aquella altura una gran extensión de mar bajo el avióncohete de reconocimiento.

El aparato no desarrollaba toda la velocidad de que era capaz, para no rebasar al buque en una pasada demasiado rápida, que lo dejara atrás bajo una nube.

A lo largo de la costa observaron infinidad de cargueros atómicos, que se dirigían hacia los puertos del Sur, la mayor parte de ellos petroleros. Todos estos buques contestaban inmediatamente a la orden del avión policía, dando su matrícula, número internacional de identificación, rumbo, carga y nombre del comandante.

— ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde el aerotransporte? — preguntó Katia, sin separar los ojos de los binoculares de observación.

— Ocurrió a las 6 de la madrugada y son las 16 horas. Unas diez horas.

— Entonces, un buque atómico, de mediano tonelaje, que se encontrara a esa hora dentro de un radio de cien millas frente a Nueva York, ha tenido tiempo de llegar cerca de Las Bahamas. Son mil doscientas millas las que separan Nueva York de la Gran Bahamas en diez horas, a la velocidad de crucero de cien millas que desarrollan los buques atómicos, creo que se encontrarán a unas doscientas millas al Norte...

— Suponiendo que se dirijan a Las Antillas, pero, ¿qué me dice de Bermuda? Está sólo a novecientas millas, y me parece más adecuado que se dirijan allí, que no a Las Antillas.

— Usted es el jefe. Si le parece más probable Bermudas que Las Antillas, como lugar de escondite de la banda Cobra, ponga rumbo a Bermuda.

—Y si no los encontramos, me despreciará toda la vida y el coronel Lowitz me odiará cordialmente. Deje la observación, aceleraremos, y estaremos en la vertical de Bahamas en pocos minutos. Desde allí empezaremos la búsqueda hacia el Norte.

— Me parece buena idea. Ya me estoy cansando de observar siempre el mismo panorama.

—Pues asegúrese el cinturón de vuelo, porque vamos a correr un

poco.

Katia se ajustó el cinturón y de pronto el aparato dio un tirón y los oídos de la muchacha estuvieron a punto de reventar.

Poco a poco, el ruido ensordecedor fue disminuyendo hasta volver a la normalidad.

Ahora, a pesar de que el aparato volaba a 3 Match, no se sentía la menor vibración, parecía estar completamente inmóvil en medio del espacio.

De pronto, empezó a zumbar la radio.

Konrad abrió la comunicación y una voz monótona empezó a hablar:

— Atención, atención, prioridad a la Policía Espacial... prioridad a la Policía Espacial... todos los aparatos en vuelo, en operación B-Co, comuniquen su situación a la base... Repito, todos los aparatos en vuelo, en operación B-Co, comuniquen situación a la base...

Konrad pulsó una tecla del tablero de comunicación y manifestó:

— IJ-1 a la Base... IJ-1 a la Base... Capitán Konrad en ruta a Bahamas volando a 11.000 m, 3 Match, canal Oc-37.

— Base a IJ-1, capitán Konrad, recibido.

Poco después, volvió a zumbar el comunicador

— IJ-9 a IJ-1, IJ-9 a IL-1.

— IJ-1 a IJ-9, IJ-1 a IJ-9. Escucho.

— Konrad, soy Juppelin. Vuelo en tu canal, treinta millas detrás de ti. IJ-8, teniente Irtingwer, se dirige a Bermudas. ¿Alguna orden?

— IJ-8 bien a Bermudas. IJ-9, desvíate tres grados al Oeste, vuela más cerca de la costa. Cambio.

— Recibido. Obedezco. Buena suerte.

El perfil de la isla Gran Bahamas apareció de pronto ante el morro del avión, y antes de que Katia tuviera tiempo de advertir a Konrad, la habían atravesado de Norte a Sur y volaban sobre el grupo de las Andros.

Konrad hizo describir al aparato un semicírculo y redujo la velocidad.

Y en aquel mismo instante, Katia vio a proa, a unas dos o tres millas, un buque de carga, de propulsión atómica, que se acercaba al estrecho entre la Gran Bahamas y la Gran Abaco.

— Ahí está nuestro objetivo, Konrad. Hay que descender para poder observar la bandera y número de identificación internacional. Sepárese todo lo que pueda de su ruta, hasta que estemos a cinco mil metros sobre su vertical.

El aparato se lanzó en picado hacia el mar, desviándose en un amplio círculo de la ruta del buque.

Poco después, el piloto anunció a Katia:

— Cinco mil metros; en unos segundos estaremos sobre la

vertical de ese carguero.

Katia graduó los binoculares de observación y vio gente correr por cubierta, pero no distinguió ni la bandera, ni los números de identificación del buque.

Abrió la radio y empezó a transmitir:

— Policía del Espacio a buque en ruta estrecho Bahamas, identifíquese... Repito, Policía del Espacio a buque...

No pudo continuar.

Sintió un fuerte zumbido en los oídos, que casi la ensordeció, notó que el aparato giraba alocadamente sobre sí mismo y tuvo tiempo de ver a Konrad luchando con los mandos, que al parecer no le obedecían.

Luego, el ruido se hizo más agudo, hasta hacerle perder toda noción de sonido que no fuera aquel agudo silbido; finalmente, sintió que se hundía rápidamente, en una terrible vorágine.

Después, perdió la visión, que primero se hizo borrosa y después, completamente negra y luego, nada.

Katia había perdido completamente el sentido.

* * *

«Co-1», que había presenciado toda la operación desde el puente de mando, hizo comparecer ante él al doctor Xenius.

— Le felicito en nombre de Cobra, doctor Xenius. Ha sido una operación perfecta la detención y absorción posterior de un aparato de los más veloces y mejor armados que se conocen en la actualidad. Ahora, dígame, ¿están vivos los tripulantes?

— Sólo desmayados. Dentro de un par de horas estarán totalmente repuestos. Si acaso, tendrán una ligera jaqueca y zumbido de oídos, pero esos síntomas desaparecerán en poco tiempo.

— ¿Cuántos tripulantes tiene ese avión cohete?

— Sólo dos. Un capitán de la Policía de Seguridad de la S.W.A. y una mujer. Una bella joven, con traje de vuelo de la Policía, pero no sabía que utilizaban mujeres en ese cuerpo especializado.

— Lleven al comandante Katzergers a que les eche un vistazo. Quizá conozca a la mujer.

Xenius se marchó después de hacer un breve saludo con la cabeza, y Co-1 se volvió hacia el comandante del navío.

— Frantker, ponga proa a nuestra base permanente en África. Temo que, a pesar de ese magnífico aparato que ha inventado Xenius, nos ataquen tal cantidad de avionescohete que el aparato sea insuficiente para derribarlos a todos. Tendremos que dotar al buque de cuatro o cinco de esos artefactos y colocar otros tantos rodeando la base central.

— Está bien, señor. Ahora mismo modificaré el rumbo.

Co-1 se reunió con sus dos compañeros en el saloncito reservado para ellos, donde les explicó el resultado del experimento efectuado con el aparato inmovilizador del doctor Xenius. También íes comunicó la orden que había dado el comandante de regresar a la base permanente en la costa occidental de África.

Cuando terminó su informe, preguntó:

— ¿Alguna sugerencia?

Co-3 expuso:

— Parece que Co-1 ha modificado nuestros planes, sin previo aviso.

— Considero peligroso permanecer en el mar, mientras llevamos a bordo esa fortuna en piedras preciosas. Estimo que es conveniente desaparecer antes de que algún avión nos localice y se nos eche encima una escuadrilla. Además quizá nos ataque también por mar. Hasta que hayamos perfeccionado nuestras defensas, es preferible desaparecer, para preparar mejor nuestro plan de ataque a Gomnessia. Ese planeta tiene que pertenecer a «Cobra», o perderemos el control mundial del mercado de piedras preciosas. Y para ello, estoy pensando utilizar en alguna forma a nuestros prisioneros. Creo que ese capitán de la Policía de Seguridad de la S.W.A. nos va a ser muy útil, una vez que nuestros científicos hayan realizado ciertas modificaciones en su cerebro.

—Considero acertadas las razones de Co-1 — dijo Co-2.

— Entonces, estamos de acuerdo — concluyó Co-3.

— Sabía que me daríais la razón.

* * *

Katia recuperó poco a poco la noción de las cosas.

Primero despertó con un fuerte dolor de cabeza, que fue cediendo poco a poco, y un zumbido en los oídos, bastante molesto.

Por suerte, el zumbido también fue perdiendo intensidad, hasta desaparecer totalmente, y entonces se encontró casi por completo recuperada.

La visión también había sido borrosa al despertar, pero ya veía con absoluta normalidad.

Se hallaba sola en una habitación, que parecía un camarote de un buque.

Había una estrecha litera, una mesita con un taburete de fibra de vidrio y, al fondo, una puerta, que daba paso al cuarto de aseo.

Ni un objeto útil a la vista. Habían retirado todos los artículos y objetos de aseo de los pequeños estantes de cristal, y también los cajones de la mesita y del tocador estaban vacíos.

Como es natural, le habían despojado de sus armas y del transmisor del reloj de pulsera.

Hizo un rápido reconocimiento, y halló dos micrófonos ocultos, uno en el marco del espejo del tocador y otro en la cabeza del tomillo que sujetaba el ojo de buey de ventilación.

Suponía que había más, mejor y más ingeniosamente instalados, pero no se preocupó. Sabía que estaba prisionera y que debía tener mucho cuidado con lo que hablaba.

«¿Dónde estaría el capitán Konrad?», se preguntó.

Y entonces recordó algo que había leído.

Los desagües, en esta clase de instalaciones, son comunes para dos o más camarotes.

Se acercó al cuarto de aseo y buscó algo que le sirviera para golpear y hacer señales.

No encontró nada.

Trató de desatornillar la tapa del inodoro, para golpear con ella el tubo de desagüe, pero era de un plástico casi flexible, y no servía a sus propósitos.

Ya desesperaba de encontrar algo que sirviera para hacer señales, cuando observó en uno de los rincones un losetín casi suelto.

Terminó de desprenderlo, y se encontró con un pequeño recuadro de cerámica vitrificada, que podría servir para que el ocupante del camarote contiguo oyera sus golpes.

Ahora sólo faltaba que su vecino de camarote fuera Konrad.

Si era uno de los piratas de «Cobra», habría perdido el tiempo lastimosamente.

Un tanto nerviosa y anhelante, se acercó al desagüe y empezó a golpear: un golpe largo, otro corto, uno largo, otro corto y otro largo. La señal internacional que precede a toda llamada por sistema Morse.

No obtuvo respuesta.

Volvió a intentarlo: raya, punto, raya, punto, raya...

El corazón le dio un vuelco cuando oyó respuesta:

Raya, punto, raya. Invitación a transmitir.

Se armó de valor, y transmitió: «Katia, aquí».

La respuesta fue: «Aquí, Konrad».

Ya tranquilizada, transmitió: «¿Está bien?»

Konrad contestó: «De salud, perfectamente».

No pudo continuar.

Súbitamente se abrió la puerta y entró un hombre en traje de vuelo, con casco de color naranja.

Sin decir una palabra, tomó el baldosín de la mano de Katia, que no hizo ninguna resistencia, y luego sacó a la muchacha del camarote.

Al salir al pasillo, Katia sintió bajo sus pies la vibración de las máquinas. El tipo aquél, sin pronunciar palabra, la empujó hacia el fondo del pasillo similar al anterior.

Y vio avanzar por el centro del mismo a Konrad, seguido de otro

guardián.

Hicieron avanzar a los dos prisioneros hasta un ascensor situado tras una puerta metálica, hacia el final del segundo pasillo, y subieron rápidamente a la cámara del comandante.

Se hallaban cuatro personas en pie, junto a la mesa del capitán del buque: Éste y tres individuos, de la misma estatura y complexión, que vestían monos de color naranja, con cascos parecidos a los de vuelo, pero con la parte inferior de plástico oscurecido, que no dejaba distinguir las facciones del que lo usaba.

— La mujer tenía un losetín — informó uno de los guardianes—. Arrancando la pared del cuarto de aseo.

— Que arresten inmediatamente al encargado de la limpieza de ese sector —ordenó Co-1; preguntó al otro guardia—: ¿Y el hombre?

— No le encontré nada, señor — repuso el guardián, que llevaba conducido a Konrad.

— ¿Cómo? ¿Que no le encontró nada? ¡Imbécil...! ¿Cómo golpeaba, pues, el tubo, en contestación a la llamada de la mujer?

— No lo sé, señor. Lo he registrado, así como el camarote y el cuarto de aseo. No he encontrado nada absolutamente, que pueda producir sonidos sobre metal o cualquier otro material duro.

— Comandante, encierre a ese hombre en la sentina.

El comandante oprimió un botón de su mesa e inmediatamente se abrió una puerta disimulada en un panel de la pared del fondo, en cuyo dintel aparecieron dos marinos.

— Llevad a ese hombre a la sentina. Queda incomunicado.

Los dos marinos agarraron por los brazos al guardián de Konrad y se lo llevaron.

Co-1 estudió atentamente a Konrad, deteniéndose sobre todo en las manos y en los pies; luego examinó el traje de vuelo que aún llevaba puesto. En el exterior no se veía nada que pudiera servir para hacer señales.

Hizo un gesto al guardián, que procedió a un detenido reconocimiento de los bolsillos, casco, botas, etc.

Cuando terminó, se volvió a su jefe:

— Nada señor. No hay hebillas, puesto que le quitamos el cinturón al encerrarlo, las botas son de superfieltro, que no produce el menor sonido al chocar con una superficie dura... No hay nada señor.

— Entonces ha soltado... lo que sea, en el camarote, y este estúpido no se ha dado cuenta. Veamos, capitán, ¿con qué golpeó el tubo de desagüe, para contestar las llamadas de la joven?

— Con las uñas. Las tengo muy duras.

Co-1 hizo un gesto al guardián y éste descargó un puñetazo en la barbilla de Konrad.

Konrad encajó perfectamente el golpe y antes de que nadie

pudiera evitarlo, lo devolvió, apuntando al hígado de aquel hombre. Fue un golpe científico, que sorprendió al guardián, y el pobre hombre se dobló en dos a consecuencia de la violencia del impacto. Entonces, con el canto de la mano le golpeó en la nuca.

El guardián se desplomó como un toro apuntillado.

— Buen golpe — alabó serenamente Co-1 —. Lástima que haya malgastado sus energías sin provecho alguno.

Hizo una seña al comandante y éste volvió a oprimir el timbre.

Otros dos marineros entraron en la cámara.

— Lleven a ese hombre al sollado de reconocimientos intensivos. Quiero que encuentren cualquier objeto metálico que pueda ocultar en su cuerpo o en sus vestidos.

Entonces los cuatro hombres volvieron su atención a Katia.

— Según la documentación que hemos encontrado en su bolso, usted es Katia Waltz, secretaria particular del coronel Lowitz, Jefe Superior de la Policía de Seguridad de la S.W.A., en el sector U.S.A.-Tierra. Y tiene categoría de teniente de la sección femenina de las Fuerzas de Policía Aérea, ¿no es así?

— Así es.

— Por lo tanto, tiene acceso a determinados asuntos... digamos reservados.

— ¿Qué hacía a bordo de un avión de combate, en pleno servicio de reconocimiento?

— Paseaba.

— ¿No quiere colaborar? Lo hará de todas formas pero podría ahorrarse molestias.

— Siempre ando buscando molestias. Me encantan.

— De acuerdo. Usted y Konrad van a abandonar este buque tan pronto como termine el registro que se le está haciendo, para averiguar dónde oculta esa pieza de metal, o lo que sea, con que le hacía señales.

— ¿Tan importante es?

— Lo es, no por la pieza en sí, sino por lo que significa. Lo mismo que oculta un trozo de metal, o de otro material duro, podría ocultar una pastilla de algún poderoso explosivo, o un diminuto transmisor de radio, y destruir el buque.

—¿Y adonde nos envía?

— A nuestra base permanente, en África. Saldrán dentro de diez minutos, en un avión cohete. Lo pilotará un conocido de ustedes: el comandante Kartzergers.

CAPÍTULO IV

— IJ-9 a Base… IJ-9 a Base…

— Base a IJ-9… Base a IJ-9… Adelante.

— Perdido contacto con IJ-1. Volaba sobre Bahamas-Antillas cuando quedó en silencio. Busco aparato sin resultados. IJ-1 no contesta a mis llamadas…

— Insista. Reconozca sector Bahamas-Antillas hasta agotar combustible. Tome tierra Base Miami. Enviamos más aparatos a ese sector.

— ¡Atención Base… Atención Base…! Diviso buque atómico tonelaje medio dirigiéndose a toda velocidad hacia el SE. Posición punto verde en cuadrante de vuelo.

— ¡Llamada general… Llamada general… Base S.W.A., a todos los aparatos en vuelo… diríjanse a punto verde de su cuadrante de vuelo. Buque atómico, tamaño mediano, sin identificar. Pueden interceptarlo dirección SE. Reportar Base Miami. Atención Miami, servicio emergencia… Persigan buque atómico de tonelaje mediano rumbo SE.

— Base Miami a Base Nueva York SWA, recibido mensaje emergencia. Actuaremos en seguida.

El teniente Juppelin, volando a 2,5 Marcht, se acercó a menos de diez millas del buque, para tratar de identificarlo.

Lanzó la llamada reglamentaria, pidiendo su identificación, y en menos de diez segundos consiguió situarse a la altura deseada sobre la vertical del navío.

Su aparato se niveló durante unos segundos sobre la cubierta del buque. No recibió contestación alguna a su llamada.

Escrutaba atentamente en busca de la bandera y de los números del Registro Internacional, cuando su aparato empezó a fallar.

Quiso recuperar altura, pero los mandos no respondieron.

Al propio tiempo, sus oídos, a pesar del casco protector, empezaron a zumbar. Su vista se nubló y todo empezó a girar.

Su última sensación fue que el aparato entraba en barrena, girando vertiginosamente sobre sí mismo, sin que pudiera hacer nada por enderezarlo, y finalmente, terminó precipitándose contra la cubierta del buque atómico, en trágica vorágine, de la que se veía imposibilitado de sacar a su aparato.

Con la convicción de que su muerte era segura, esperó en su

semiinconsciencia que se produjera el choque fatal, pero según sus sensaciones el aparato siguió bajando y girando alocadamente sobre sí mismo... pero sin llegar jamás a chocar contra la cubierta del buque, o contra las aguas del Océano.

O, por lo menos, si el choque se produjo, él no llegó a notarlo.

* * *

Co-1 corría a lo largo del pasillo hacia la cámara del comandante del buque, seguido por sus dos inseparables Co-2 y Co-3.

Entró sin llamar, y gritó histéricamente:

— ¡Se nos viene encima todo un ejército aéreo! Comandante, tiene que sacarnos de aquí pronto... Nosotros tres tenemos que seguir viviendo... Xenius dice que con un solo aparato no podrá hacer nada contra esa oleada de aviones cohetes que se acercan...

— No se preocupen; pueden marchar inmediatamente en la nave intermedia... y, de paso, llevarse al último prisionero. Los otros ya partieron hace más de media hora.

— Y ¿quién pilotará esa nave?

— Zaccaría, el jefe de los pilotos de los aeromóviles «C». No tiene licencia para pilotar naves intermedias, pero no se trata de un viaje a la Luna, donde le pedirían explicaciones al alunizar, sino a nuestra base. Pueden llevarse la caja de las piedras preciosas... pero dense prisa. La nave partirá en veinte segundos.

Los acompañó al segundo puente, y los dejó en un ascensor, que los condujo en pocos segundos a las entrañas del buque.

A la salida del ascensor, les esperaba un pequeño vehículo eléctrico, conducido por uno de los pilotos, llamado Landiecz, según recordaba Co-1. Junto al asiento del piloto, en el suelo, vieron la caja metálica que contenía las piedras preciosas.

El aparato eléctrico voló a lo largo de un pasillo, se desvió a la derecha y finalmente se acercó a la escotilla de un cohete, que se erguía en el centro de la bodega de popa.

Los tres Co- subieron a bordo; Landiecz entró tras ellos con la caja metálica.

Zacearía ya estaba en su puesto de mando. Tan pronto como estuvieron a bordo los tres jefes de cobra, apretó el botón de ignición, y en el fondo de la bodega se produjo un verdadero volcán de humo y llamas.

Cuando los primeros aparatos de las escuadrillas de la base de Miami avistaban el buque, el cohete salió disparado hacia el espacio, a una velocidad de once mil metros por segundo.

Los pilotos de los primeros aviones cohetes observaron el lanzamiento, pero no pudieron hacer otra cosa que comunicarlo a la base.

Y la base de Miami, a su vez, lo comunicó a la de Nueva York.

Desde allí se dieron las órdenes oportunas para la localización y destrucción de la nave de cobra.

En tanto las estaciones de seguimiento de la zona occidental buscaban el cohete y, después de localizarle, comunicaban su posición a la base de la SWA, en Nueva York, el buque de la organización Cobra era atacado por oleadas de aviones cohetes.

El buque se defendió bravamente, con sus baterías antiaéreas. Incluso el extraño aparato inventado por el doctor Xenius, consiguió derribar quince aparatos. Pero finalmente el navío tuvo que batirse en retirada, lanzando una espesa nube de humo, tras la que se escondió, para escapar a toda máquina, después de cambiar varias veces de rumbo, a fin de desorientar a los atacantes.

Una hora después del ataque no quedaban rastros del navío sobre la superficie del Océano.

Los aviones de reconocimiento patrullaron a ras de agua, registrando en rápidas pasadas las calas, radas y escondites de las Islas Bahamas y de todo el archipiélago de Las Antillas, pero no encontraron restos de naufragio, ni descubrieron el buque en la superficie.

Parecía que el mar se lo había tragado, sin dejar rastro.

Pero esto era totalmente imposible: Un buque de aquel tonelaje. Y con la cubierta llenas de cajas de municiones, depósitos de agua y combustible, lanchas salvavidas, etc., no desaparece llevándose al fondo del Océano todas las cosas que pueden flotar.

Una fresca brisa de levante disipó el pesado y denso humo negro lanzado por el buque, pero, cuando la visibilidad fue perfecta, no había ningún buque de sus características a la vista.

Los aviones de combate tuvieron que regresar a sus bases, y sólo quedaron dos escuadrillas de aparatos anfibios de reconocimiento, para efectuar un nuevo registro más detenido, pero todas las pesquisas resultaron infructuosas.

El «Cobra» no fue hallado, ni se pudo obtener ningún dato sobre su posible situación.

Las investigaciones prosiguieron durante la noche, por medio de aviones provistos de radar y de los más perfeccionados sistemas de detección, pero las pantallas registraban interferencias constantes, que desorientaban a los observadores.

En cuanto al cohete interplanetario, una vez reentró en la atmósfera y prosiguió el vuelo rasante el Océano, los aparatos de seguimiento espacial dejaron de detectarlo en sus pantallas.

De momento, la organización «Cobra» vencía en todos los terrenos.

CAPÍTULO V

El vuelo del cohete que condujo a Katia y Konrad a la base central de «Cobra» llegó sin novedad a su destino.

Tanto Katia como Konrad se mantuvieron alerta, para sorprender los secretos de la base central, pero sus esfuerzos fueron vanos.

El cohete voló a más de diez mil metros de altura, a una velocidad de crucero de 3,5 Macht, y de pronto entró en picado, hasta hallarse a unos veinte metros sobre la superficie de las aguas.

Antes de darse exacta cuenta de lo que ocurría, y sin haber llegado a ver el litoral, se encontraron volando en el interior de un túnel iluminado por potentes lámparas situadas a lo largo del techo, mientras los retrocohetes frenaban la velocidad del aparato, hasta que se posó suavemente en una larga plataforma.

Una pareja de guardias armados se hicieron cargo de los dos presos.

El comandante Katzergers, copiloto del aparato, les dirigió una burlona sonrisa, al pasar junto a ellos.

— ¿Asombrados?

— Solo de una cosa — repuso Katia.

—¿De qué?

— De que un oficial y un caballero pueda caer tan bajo.

— ¡Oh, no! Nada de caer bajo. Creo que, por el contrario, he ascendido bastante.

— Mayor será la caída, Katzergers, ya lo verá.

— Ya lo veremos. Todavía no se han percatado ustedes del enorme poder de «Cobra».

— Sí, nos hemos dado cuenta. Pero no juzgue toda una guerra por el resultado de las primeras escaramuzas. La guerra empieza ahora —replicó Konrad.

— Creo que ya han hablado bastante — interrumpió Ximius.

Hizo una seña a los guardias, y éstos condujeron a los dos jóvenes hacia una puerta de cristal opaco, donde los hicieron entrar, cerrando después a sus espaldas.

Se hallaban en una especie de salita de espera.

El mobiliario era reducido: un tresillo, una mesita de tapa de vidrio verdoso y una arqueta de laca, adosada a la pared, sobre un mesita de estilo oriental.

Konrad moduló con los labios, sin pronunciar ningún sonido:

— ¡Cuidado, micrófonos!

Katia hizo un signo afirmativo, y hablaron de cosas intranscendentes, siguiendo un sistema, mediante el cual el que permanecía en silencio modulaba las palabras, que el otro, hablando sin cesar sobre las incidencias del viaje, el tiempo, etc., retenía en su memoria, hasta que le llegaba el turno de contestar, mientras el otro hablaba de cosas sin importancia.

De esta forma burlaban a los que estaban a la escucha en los terminales de los micrófonos ocultos.

El diálogo real fue el siguiente:

— Katia, atienda lo que voy a decirle. Seguramente tratarán de captarme, o me drogarán o harán algo para que obedezca sus órdenes. Como sabe, nuestros cerebros están adiestrados para resistir nuevas enseñanzas o modificar las instrucciones recibidas, si es contra nuestra voluntad. Trataré de aparentar que me someto, después de una resistencia razonable, pero luego les seguiré la corriente. No se extrañe ni se asuste por cualquier cosa que diga o haga. Es necesario recuperar nuestra libertad, e impedir los propósitos de estos piratas.

Mientras duró la parrafada, Katia había estado comentando la velocidad del aparato que los había transportado, la pericia del piloto y el hecho de haber entrado en el túnel antes de darse cuenta de que se acercaban a la base. Terminó con una pregunta:

— ¿Sabe aproximadamente dónde nos hallamos?

La respuesta fue:

— No, imposible calcularlo, ni siquiera aproximadamente.

Luego entró en una serie de explicaciones técnicas, mientras Katia modulaba:

— Enterada. No sé si a mí tratarán de captarme, o bien intentarán sonsacarme lo que sé sobre la organización de la Policía de Seguridad de la SWA, pero resistiré igualmente. Más bien querrán saber datos sobre claves de servicio, de comunicaciones oficiales interplanetarias, etc. y yo se las daré muy gustosa, pero con la advertencia de que, al desaparecer yo, las habrán cambiado. Les daré los datos correspondientes a claves ya cambiadas. Y ahora una pregunta, Konrad, ¿con qué diablos produjo los sonidos sobre el tubo de desagüe?

Y se puso a hablar en voz alta, comentando lo que él le había estado explicando. Konrad, entre tanto, decía:

— Mi dentadura inferior, a causa de un accidente con un aparato de pruebas, es totalmente postiza con ella golpeé el tubo; luego me la coloqué, de espaldas a la puerta, cuando oí que abrían.

La puerta se abrió y entró un hombre alto, de pelo blanco y larga nariz roja y bulbosa.

Vestía una bata blanca y usaba lentes de gruesos cristales.

— Buenas tardes —saludó—. Soy el doctor Luctius. Ustedes son mis pacientes, si no me equivoco.

— ¿Pacientes? Tanto la señorita como yo estamos perfectamente. No necesitamos sus servicios, gracias.

— Bueno, he dicho pacientes, como podía haber dicho «clientes»... o «discípulos». Eso es, «discípulos» ustedes iniciarán ahora un período de «reeducación», y yo seré el... ejem, maestro, que hará evolucionar sus cerebros hasta conseguir la adaptación necesaria a la obediencia de «Cobra». Sí, eso es: Lo obediencia de «Cobra». Suena raro, ¿verdad?. No obstante, ésa es la idea.

— Es decir nos va a convertir en esclavos de «Cobra», ¿no es eso?

El doctor Luctius miró atentamente a Konrad, torciendo la cabeza a un lado, en un gesto peculiar de atención.

— Mi joven capitán, tiene una manera brusca, directa y, yo diría, brutal de exponer los hechos Pero no se equivoca en absoluto. Ese es exactamente el proyecto: convertirles en esclavos de «Cobra». Todos los que estamos aquí, y otros muchos que se hallan ausentes, esparcidos por todo el universo, somos esclavos de «Cobra». Fantástico, ¿verdad? Sin embargo, es cierto.

— Dígame, doctor Luctius, ¿es usted realmente médico?

— Puedo mostrarle un montón de títulos y diplomas que así lo acreditan. Y no solo de Universidades de la Tierra, sino también de las interplanetarias de Marte, Mercurio, Venus... y de otras varias de menor importancia.

— Y si no le importa, ¿puede decirme cuál es su especialidad?

— Psiquiatría y neurocirugía.

— ¿Va a operarnos?

— No creo que sea necesario. En todo caso, sólo unos toques a determinadas terminaciones nerviosas... con finísimas agujas radiactivas... Nada que valga la pena, y que no les producirá ninguna molestia.. Y ahora, antes de seguir hablando empezaremos por el principio: Este saloncito será común a ambos, pero usted capitán, dormirá en el piso de arriba, a donde subirá por aquella escalera —y señaló la puerta de la derecha, que permanecía cerrada—. Usted, señorita, dormirá en la habitación de al lado — señaló la puerta de la izquierda —: Ahí dentro disponen de todo lo necesario: baño, tocador y dormitorio. Las comidas las harán aquí mismo, en compañía de otro compatriota suyo que acaba de llegar. El teniente Juppelin creo, de la Policía de Seguridad de la SWA. Está aún un poco atontado, pero no tardará en reponerse.

— ¿Estamos confinados en esta ratonera, o podemos salir al exterior?

— ¿Al exterior? No hay exterior, capitán. Todas las instalaciones son subterráneas, y no hay más salidas que los canales de vuelo o los muelles de atraque de los buques, pero sólo se puede salir en avión cohete, en barco, o en nave interplanetaria.

— Total, que estamos condenados a hacer vida de topos.

El doctor se encogió de hombros.

— Todo es relativo. Depende del tamaño de la topera.

— ¿Hay muchas personas aquí dentro?

— Unas tres mil, poco más o menos, divididas en tres clases: mandos, técnicos y operarios.

— Y prisioneros, ¿o incluye a los prisioneros entre los esclavos, que supongo serán los que usted llama operarios?

— Los prisioneros no tienen clasificación, hasta que salen de mis manos. Entonces pueden ser técnicos u operarios, según los resultados de la reeducación.

— Supongo que los mandos son solamente aquellos tres seres ridículos de monos color naranja y con unas cobras bordadas en el pecho.

— Aquellos son el triunvirato de Mando Supremo — esbozó una sonrisa, que desapareció rápidamente, y prosiguió—: Además de ellos, están comprendidos en el grupo «Mandos» los comandantes de los buques, los jefes de escuadrilla y el comandante de la aeronave intermedia. Los pilotos, ingenieros, médicos, etc., componen el grupo «técnicos». El resto, o sea, los obreros manuales, soldados de la guardia, policía de seguridad etc., son los «operarios».

— Una perfecta organización criminal de tipo universal, ¿no?

— Una perfecta organización, sí, pero difiero de su opinión en lo «de tipo criminal». Lo que ocurre es que tenemos un concepto diferente de la ley, por lo cual interpretamos a nuestro modo. Eso es todo.

— Bueno, allá cada uno con su concepto de la moral y de la ley.

— Eso es lo que yo he dicho siempre. Allá cada cual con sus ideas. Ésa es la verdadera democracia.

— Entonces, ¿por qué pretende «reeducarnos» y obligarnos a aceptar unas ideas que nos repugnan? — preguntó Katia.

— Eso forma parte de mis obligaciones, no de «mis» ideas.

— Tienen una forma muy cómoda de explicar sus actos.

— Yo siempre encuentro una forma cómoda de explicar mis actos. No olviden que soy especialista del cerebro.

* * *

Estaba amaneciendo en el mar Caribe, cuando el comandante Frantker llamó al radiotelegrafista.

— Comunique a la Base Permanente que escapamos a la

persecución de los aviones de la SWA, y que necesitamos protección aérea para regresar. Que envíen cuatro cazas a nuestro encuentro. Dé la posición. Use la clave Co-7 y no repita el mensaje. Si no lo captan, espere una hora, y vuelva a transmitir. No quiero que nos localicen por las transmisiones.

El buque estaba metido en una estrecha cala, casi cubierto en su totalidad por la frondosa vegetación de las orillas. La observación aérea nunca podría descubrirlo en aquel escondite, que el comandante Frantker conocía de sus tiempos de contrabandista de drogas.

El navío había sufrido grandes desperfectos en su superestructura a consecuencia del bombardeo.

El puente había desaparecido, cuatro de los ocho cañones antiaéreos estaban inutilizados y el famoso aparato del doctor Xenius había volado por efecto de una pequeña granada atómica, desapareciendo hasta su base sin dejar rastros, con la consiguiente desesperación del doctor, que no estaba muy seguro de poder reproducirlo.

La estación de escucha de la base de la SWA de Miami captó la llamada, a pesar de su brevedad, y no ser repetido.

Inmediatamente se pusieron alerta las estaciones de rastreo, esperando la repetición del mensaje, para localizar la situación de la emisora.

Y cuando el radiotelegrafista del «Cobra» repitió el mensaje, una hora justa después, todas las estaciones de escucha empezaron a trabajar.

Cinco minutos después, la estación de escucha comunicaba a la base SWA, en Miami, la posición del barco.

Los cuatro aparatos se acercaban a la isla Saona, volando a diez mil metros de altura, pilotados por los cuatro mejores hombres de «Cobra».

Los cuatro aparatos disponían del más moderno armamento conocido, entre el que se incluía un modernísimo aparato del modelo que ya había sido probado con el aerotransporte de Correos

Por su parte, de la base de Miami partieron dos escuadrillas de caza y otras dos de bombardeo, que formaban el primer grupo de ataque. Detrás partirían nuevos aparatos hasta conseguir el hundimiento o captura del buque pirata.

Y a todos los buques de guerra que navegaban por aguas del Caribe y del golfo de Méjico se les comunicó, así mismo, la posición del buque fugitivo.

Tres cruceros rápidos de la Unión Occidental de Naciones, en servicio de patrulla, recibieron el mensaje y se dirigieron a toda máquina hacia el punto señalado.

Un portacohetes de bombardeo, perteneciente a la Armada de

Instrucción de la Unión Occidental de Naciones, comunicó que salía a toda máquina a interceptar al buque pirata.

Y por último, el coronel Lowitz envió una nave interplanetaria, fuertemente armada, al encuentro del buque.

* * *

El cohete que conducía a los tres «Co-», pilotado por Zacearía, y en el que habían cargado la caja que contenía las piedras preciosas procedentes de Gomnessia, entró en la base, oculta en las entrañas de la tierra, a través de una especie de claraboya de acero, que se cerró tan pronto como la nave quedó sujeta por lo pernos hidráulicos que la inmovilizaban.

Cuando el triunvirato entró en el salón de mando y cada uno de ellos ocupó su asiento, tras una imponente mesa de cristal de acero, cubierta de aparatos telefónicos, conmutadores, micrófonos, etc., el jefe de servicio se acercó a comunicar las últimas novedades:

— El comandante Frantker comunicó la situación de su buque y pidió protección de cazas para regresar a la base. Se enviaron en ayuda, cuatro aparatos ultrarrápidos, tipo «C», con el armamento más moderno. Los prisioneros se hallan en manos del doctor Luctius, quien ha iniciado ya su reeducación...

— ¿Cuántos prisioneros?

— Tres. Dos oficiales de las Fuerzas de Policía de Seguridad de la S.W.A. y una mujer, que es secretaria...

— Ya los conocemos. Prosiga.

En tanto los tres «Co-» recibían los partes de los distintos jefes de servicio de la base, Katia, Konrad y Juppelin estaban comiendo en el saloncito que era común a los tres prisioneros.

Siguiendo el sistema de comunicación ideado entre ellos, mientras Konrad hablaba en sentido elogioso de las instalaciones y dependencias de la base que había visto, Juppelin, con el movimiento de sus labios, decía:

—Tenemos que salir de aquí, apoderándonos de uno de los aparatos rápidos, de largo radio de acción. He visto dónde está situada la escotilla de acero que da paso a los hangares individuales de esos aparatos, que al propio tiempo les sirven de catapultas de lanzamiento.

Ahora le tocó a él hablar en voz alta, y prosiguió los elogios a las instalaciones y sistemas de vida, mientras Konrad decía, sin proferir ningún sonido:

— Hay que averiguar la forma de llegar a uno de esos aparatos. He observado que el doctor lleva un manojo de llaves colgado debajo de la bata, pero el problema es saber si esas llaves conducen a algún lugar que nos dé acceso a los aparatos.

Ahora intervino Katia:

— Hay algo mejor. Una nave interplanetaria media, que ha entrado hace un rato. Si pudiéramos apoderarnos de esa nave, tendríamos el problema resuelto. Ningún aparato de caza sería capaz de darnos alcance, una vez disparado el cohete.

— Tienes razón — dijo ahora Juppelin —, pero la dificultad está en poder llegar a la poterna de entrada a la cabina de mando y permanecer en vuelo unos minutos. Con cinco minutos de vuelo, tendríamos suficiente para caer en aguas jurisdiccionales de los EE.UU.

— Y en último extremo, si no conseguimos huir de esta base de bandidos, debemos destruirla, aunque perezcamos nosotros en el intento —dijo Konrad en su turno.

— Voy a intentar hacer amistad con Katzergers — dijo Katia—. Tienen un pequeño aparato que lanza rayos capaces de destruir el metal de las cerraduras más complicadas. Intentaré hacerme con él...

— Pero ¿tienes ocasión de ver a ese traidor?

— preguntó extrañado Konrad.

— Sí, el doctor Luctius nos presentó esta mañana, y estoy citada con él para jugar una partida de tenis esta tarde. Dice el doctor que Katzergers necesita ejercicio físico, después de su viaje desde Marte, y que la presencia femenina obra como sedante sobre sus nervios — repuso Katia.

— Mucho cuidado, Katia — advirtió en su turno Juppelin—, no vayas a caer tú en las propias redes que quieres tender a ese cerdo. Estos tipos tienen grandes proyectos, y yo creo que uno de ellos es apoderarse del asteroide Gomnessia. Y para ello necesitan un verdadero cohete interplanetario de largo alcance, tripulación y, sobre todo, información de vuelo para poder situarse en las coordenadas espaciales convenientes. Todo eso esperan obtenerlo de nosotros; estoy seguro.

— Pero nosotros no conocemos esa información espacial... — dijo Konrad.

— Bien, pero ellos no lo saben — concluyó Juppelin.

* * *

En el salón de mandos, se estaba recibiendo en aquel momento un mensaje desesperado.

El piloto Ximius informaba a la base que habían sido interceptados por aparatos enemigos y que estaba a punto de ser derribados

Los jefes de «Cobra» ordenaron al piloto que él y sus compañeros hicieran frente al enemigo y murieran combatiendo.

Dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Ximius cuando

enfiló la proa de su aparato de combate contra la cubierta del buque atómico «Cobra», ya envuelto en llamas y a punto de hundirse.

El impacto fue terrorífico.

La explosión simultánea de toda la carga de pequeñas bombas atómicas que llevaba en su vientre desintegró por completo al aparato borrando a Ximius de la nómina de «Cobra» definitiva, pero lo que quedaba del buque pirata fue arrastrado a los abismos en pocos segundos.

Era la primera batalla que perdía la organización «Cobra».

CAPÍTULO VI

Los dos primeros «sets» del partido de tenis entre Katia y el comandante Katzergers terminaron con el resultado de 6-3 y 6-1 a favor de la joven.

Katzergers, visiblemente fatigado, rogó a Katia:

— Vamos a descansar un poco. No estoy en forma para la rapidez que imprime usted a su juego.

— No olvide que soy prisionera. No puedo entrar en el bar.

— Sí podrá, si yo la acompaño. Vamos a tomar un refresco.

— Bueno, usted responde de mi conducta ante el doctor Luctius.

Los dos jugadores atravesaron la puerta de tela metálica que separaba la pista de los vestuarios y, después de cambiarse de ropa y dejar las raquetas, pasaron al bar del campo de deportes.

Uno de los guardias de seguridad se acercó a la pareja e intentó agarrar a Katia por el brazo, pero el comandante lo interceptó:

— La prisionera viene conmigo. Dígaselo así a su jefe.

El guardia se retiró, y tomaron asiento a una mesa.

— ¿Qué desea tomar? —preguntó Katzergers.

— Bueno, no tengo idea de lo que se puede pedir aquí.

— Lo mismo que en la cantina de la base de Nueva York. Excepto bebidas alcohólicas. Están terminantemente prohibidas en Cobra.

— Pues que me sirvan un refresco.

Katzergers hizo una seña a una guapa muchacha, que se acercó presurosa a atenderles. La joven les sirvió rápidamente sendos refrescos.

Estaban paladeando los refrescos, enfrascados en una discusión sobre la calidad de las frutas americanas en comparación con las

procedentes del continente americano, cuando se acercó a la mesa un ordenanza y les dijo que el Mando Supremo de Cobra deseaba verlos.

— Iremos en seguida — contestó el comandante.

— Ahora —insistió el otro.

Katia, sonriendo, declaró:

— Ahora, comandante. Bébase el contenido de su vaso, y obedezca. Es la ley de Cobra.

Katzergers se puso rojo.

Se bebió de un trago lo que le quedaba del refresco, y dijo secamente:

— Beba, y vámonos.

— No estoy acostumbrada a beber de un trago medio vaso de refresco.

Siguieron en silencio al guardián, que los condujo a un ascensor rápido, y en pocos segundos se hallaron en presencia de los tres Co.

Se hallaban presentes también el jefe de pilotos de caza y un hombre pequeño y nervioso, vestido de marino.

Casi en el mismo instante de entrar ellos, lo hizo también, por otra puerta, el doctor Luctius:

— Luctius —dijo Co-1—, ¿cree que los prisioneros están ya en condiciones de enviarlos a una misión, vigilados por personal de confianza?

—¿Cuándo han de partir para esa misión?

— Inmediatamente.

— No. Necesito efectuar unas pruebas todavía.

— ¿Cuánto tiempo?

— Diez horas, por lo menos.

— Le concedemos seis.

— No respondo entonces de los resultados.

— Ocho. Ni una más.

— Haré lo que pueda.

— Bien. Espere aquí un momento. — Se volvió hacia el comandante Katzergers—. Comandante, ¿se encuentra en condiciones de pilotar una astronave hacia Marte?

— Sí.

— ¿Sabe pilotar el modelo oriental de astronaves, las de la serie NV-K?

— Es lo más avanzado que posee la Unión Oriental de Naciones. Conozco la teoría y las condiciones de vuelo de estos supercohetes interplanetarios, pero no he pilotado ninguno.

— Volará con un piloto oriental, que le explicará las diferencias más notables con las naves que ha volado hasta ahora.

— Una pregunta, honorable. ¿Disponemos de una de esas astronaves?

— Sí, disponemos de una de ellas.
— ¿Cómo se ha obtenido?
— Por compra.
— Esas astronaves no estaban en venta, que yo sepa. Sólo existen diez de ellas, y los orientales las guardan celosamente, hasta el extremo de no admitir a bordo a ciudadanos de las Naciones Occidentales, por miedo al espionaje industrial.
— Comandante, parece que está olvidando su condición subordinada en esta base y que no puede hacer preguntas a las jerarquías. No obstante, por una vez, y en consideración a las circunstancias, voy a contestarle: los orientales tienen gran necesidad de diamantes de buena calidad. Hemos canjeado una gran parte del contenido de la maleta procedente de Gomnessia por esa astronave, que nos será entregada dentro de un par de horas.
— Pero, honorable, con todo respeto… en sólo seis horas no tendremos tiempo de cargar combustible y víveres para un largo viaje… Normalmente, se tardan doce horas o más en poner una astronave a punto de lanzamiento.
— No se preocupe; la astronave nos será entregada a punto para despegar. Y basta de preguntas. Hemos de hacer algo que demuestre a los de la S.W.A. que somos fuertes y no es fácil derrotarnos. Ahora les vamos a demostrar que no se puede atacar impunemente a Cobra.
— Entonces, con su permiso, me retiro a descansar.
— Retírese a su cámara. En cuanto a los prisioneros — prosiguió dirigiéndose a Luctius— son suyos. Que estén preparados para iniciar el vuelo a Marte, completamente sometidos a la obediencia de Cobra. Y en esto, doctor, no queremos fallos.
— Trabajaré intensivamente. Pero, de todas maneras, es muy corto el plazo que se me concede.
— Luchamos contra reloj, doctor. Y no ponga más objeciones, o pondremos a sus pacientes bajo los cuidados del doctor Pao-Tshen-Li.
— ¿Ese chino charlatán? No permitiré…
— ¡Doctor! No está en situación de permitir, o dejar de permitir nada, sino de obedecer, y nada más.
— Perdone, honorable. Me dejé llevar por el orgullo profesional.
— Pues olvide el orgullo profesional… y el racial, que ya sabemos cómo las gasta en el sentido de considerar a los blancos superiores al resto de la humanidad. Esas ideas hay que descartarlas en la actualidad.
— ¿Puedo llevarme a Katia conmigo?
— Sí. Y empiece en seguida su trabajo.
— Inmediatamente.
Abandonaron el salón y se reunieron con Konrad y Juppelin, en el saloncito donde solían recibir el tratamiento psicológico del doctor

Luctius.

El doctor parecía hondamente preocupado.

Paseaba de un lado a otro, sin pronunciar palabra.

De pronto, se detuvo ante el trío y explicó:

— ¡Ustedes son personas de cerebro muy cultivado! ¡Me declaro impotente para transformar todas las ideas arraigadas en sus mentes en sólo ocho horas! Necesitaría meses de intensiva persuasión, para ir debilitando primero y transformando después sus creencias, pero, por otra parte, si no lo hago, los pondrán bajo los cuidados de un carnicero de masas encefálicas llamado Pao-Tshen-Li, que haría de ustedes tres seres bestiales o tres estúpidos. Necesito que me ayuden.

— Si se trata de salvar su prestigio, doctor, cuente con nosotros — dijo Katia, que había asistido a la entrevista con los tres C.

— Bien. Utilizaré las agujas radioactivas...

— Habíamos quedado en ayudarle. Si empieza por quemarnos el cerebro, mal podremos ayudarle, después —objetó Katia.

— No les quemaré nada. Sólo quedarán unas pequeñas señales, para que los honorables las vean, que probarán que he usado las agujas; esas señales desaparecerán en dos o tres días. Por lo demás, tendrán que seguir mis instrucciones en todo. Una vez se encuentren en el espacio, procedan con arreglo a las circunstancias o de acuerdo con sus conciencias. Para entonces, lo que ocurra estará fuera de mi control. Yo podré excusarme con el escaso tiempo de que dispuse, para dejar fijadas para siempre en sus mentes las nuevas ideas.

— Bien, doctor, estamos en sus manos. Puede empezar.

— Vamos a mi laboratorio. Y, por favor, no pronuncien una sola palabra, mientras mis ayudantes estén presentes.

* * *

— Atención S.W.A., vigilancia espacial... atención S.W.A. vigilancia espacial... Aquí Base Interplanetaria de Brunei, en Borneo... aquí Base Interplanetaria de Brunei, en Borneo, del Grupo de Naciones Orientales del Espacio... anunciamos vuelo de la nave NV-K-5 a Marte... repetimos, nave espacial NV-K-5 a Marte fines turísticos... partida de la Base a las 6,15 horas a. m., repito, partida de la base a las 6,15 horas. Rogamos señalen canal de vuelo y cifra de identificación espacial... repetimos, rogamos nos señalen canal de vuelo y cifra identificación espacial. Cambio.

— S.W.A. Vigilancia Espacial a Base Interplanetaria de Brunei en Borneo... Recibido aviso salida astronave NV-K-5 destino Marte... Luz verde... Luz verde... usen canal WE-17 mapa espacial 38-K... usen canal WE-17 mapa espacial 38-K, tolerancia desviación a WE-18 en caso de emergencia, repito, tolerancia desviación a WE-18 en caso de emergencia... cifra espacial de vuelo, Z-5, repito, cifra espacial de

vuelo, -5. Buena suerte.

— Se lo tragaron —cloqueó Co-1, sonriendo como un conejo—. La felicito, Katia, por haber hecho creer a esos idiotas de la Vigilancia Espacial de la S.W.A. que se trata efectivamente de un vuelo turístico a Marte, solicitado por la Base de Brunei.

— No era tan difícil, honorable, conociendo la longitud de onda que usa Brunei y los datos que se acostumbran a pedir para un vuelo interplanetario.

— De todas maneras, ha hecho un buen trabajo. Faltan aún veinticinco minutos para el lanzamiento. Todo está a punto. ¿Se encuentra bien después del tratamiento del doctor Luctius? Espero que, al regreso de este viaje, no tengamos que tratarlos como a prisioneros, sino como integrantes de nuestro grupo de técnicos.

— Ése es nuestro mayor deseo, honorable. No queremos ser considerados enemigos de Cobra, o sospechosos de serlo. En ese viaje demostraremos nuestra lealtad.

— Así lo espero, Katia. Vaya ahora con sus compañeros y ocupen sus puestos a bordo del NV- K-5.

Katia abandonó la cabina de radio, y un guardián la acompañó hasta el pie del ascensor que jaba acceso a la escotilla de embrague de la tripulación del enorme cohete.

Konrad y Juppelin ya se hallaban a bordo, y en los asientos de mando se encontraban el comandante Katzergers y a su lado el hombre pequeño, vestido de marino, que habían visto en compañía de los tres cobras cuando Katia y el comandante fueron llevados al salón de mando.

El asiento del copiloto estaba ocupado por Zacearía; había, además, un navegante y un radiotelegrafista, desconocidos para Katia y sus compañeros.

El comandante Katzergers hizo las presentaciones:

— El comandante Tsao-Ky, piloto de astronaves de la Unión Oriental de Naciones, experto en el manejo del NV-K, que nos acompaña en calidad de asesor. A Zaccaría, ya lo conocen ustedes. Actuará como copiloto. El navegante espacial Primius, y el radiotelegrafista Kasius. Viajan además un médico, un jefe de la artillería, otro oficial encargado de los torpedos espaciales con cabeza atómica, y otro oficial, jefe de la seguridad interna del cohete, pero estos técnicos se hallan en sus respectivos alojamientos de vuelo, y no los verán hasta la hora de la comida.

— Y ¿cuál es nuestra misión en la cabina de mando? —preguntó Konrad.

— Nos revelarán a nosotros durante las horas de descanso. El doctor Luctius asegura que ya están en condiciones psicológicas de absoluta obediencia a Cobra.

— Así es. Queremos ¡hacemos dignos de la confianza que ha puesto el doctor en nosotros.

— Entonces, ¿ya no os parezco tan repugnante, compañeros?

— ¡Oh, no! —Exclamó Katia—. Los repugnantes éramos nosotros, y le pedimos perdón por cualquier palabra o gesto que le haya resultado ofensivo.

— Olvídalo, Katia. Y te ruego que me hables de tú, igual que tus compañeros. Ya somos todos iguales, al servicio de Cobra.

— Encantado — aceptó Konrad.

Juppelin afirmó con la cabeza, aceptando la oferta, luego preguntó:

— ¿Cuántas personas viajamos en esta astronave?

— Cincuenta y seis en total. Dieciséis de la categoría «técnicos» y cuarenta «operarios».

— Casi un pequeño ejército —opinó Katia.

— Lo somos en realidad. Llevamos a bordo armas, explosivos e ingenios suficientes, para apoderarnos de un planeta de segundo orden, no muy bien defendido.

— Y ¿es ésa nuestra misión?

— Mis órdenes son volar a Marte. Tengo que abrir un sobre cerrado y lacrado, con instrucciones detalladas, cuando lleguemos a 100.000 kilómetros del planeta.

— ¿Iremos directamente a la base de Marte, o a uno de los satélites? El astropuerto de Phobos creo que es magnífico y está libre del intenso tráfico del principal. Y también reúne muy buenas condiciones de atraque el de Deimos, según me informó mi prometido, el comandante Pitterssen — declaró Katia.

— Ya he dicho que tengo que abrir el sobre lacrado a 100.000 kilómetros de distancia de Marte. Entonces sabré dónde hemos de atracar. Y en cuanto a tu comandante Pitterssen, te felicito. Es un buen piloto espacial. Vino de segundo conmigo en su primer vuelo a Júpiter hace un año. No sabía que tuviera novia, y mucho menos que su novia fueras tú. ¿Qué piensas hacer ahora, que te has enrolado en las filas de Cobra?

— Intentaré que se una a nosotros, si no puedo convencerlo, tendré que dejarlo.

— Es una lástima, pero me alegraría que no aceptara pasar a nuestras filas.

—¿Por qué?

— Probaría fortuna. Yo soy soltero... y también soy comandante piloto interespacial.

— ¡Vaya, qué suerte! Y dime, Katz, ¿no tendrías que pedirle permiso al Mando Supremo de Cobra para casarte?

Katzergers, que desde hacía unos minutos vigilaba su

cronómetro, gritó de pronto:

— ¡Preparados para el lanzamiento! ¡Ocupen sus puestos y asegúrense los atalajes de seguridad!

Los asientos se hallaban preparados para el lanzamiento.

Se aseguraron los atalajes de seguridad, y el comandante empezó la cuenta atrás.

CAPÍTULO VII

En el Centro de Vigilancia Espacial, el coronel Lowitz preguntó a su segundo:

— ¿Ha comunicado ya Brunei la partida de su vuelo Z-5?

— No. Y según decían, partirían a las 6. Ya deben estar en vuelo, a menos que haya ocurrido algo.

— Llame a Brunei y pregunte el motivo del retraso.

— Sí, señor; ahora mismo.

El teniente marchó a la sala de comunicaciones, pero regresó a los diez minutos, con gesto preocupado:

— Brunei no ha pedido canal ni cifra de identificación para ningún vuelo a Marte. Dicen que los dos únicos NV-K que poseen se hallan repostando para próximos vuelos a Júpiter y a Saturno, pero en el día de hoy sólo han partido dos cohetes a la Luna, con relevos de personal y provisiones para aquella base.

— Vuelva a comunicaciones. Pregunte al Centro de Vuelos de la Base Lunar si hay algún NV-K en vuelo por el canal WE-17 rumbo a Marte.

Quince minutos después, fue dada la alarma general en el espacio.

* * *

En la cámara de mando del NV-K-5, el comandante oriental Tsao-Ky manejaba con suavidad los mandos, bajo la atenta vigilancia de Katzergers.

— Dentro de unos minutos — decía el indochino— el vehículo dejará de vibrar y habremos alcanzado la velocidad máxima.

La radio empezó a zumbar.

El radiotelegrafista conectó el alta voz. Todos los que se hallaban en la cabina pudieron oír un mensaje con claridad:

— Centro Lunar de Vigilancia Espacial a NV- K-5, en vuelo Z-5 rumbo a Marte... Comuniquen posición, nombre de su comandante y número de su carnet de piloto espacial... Repitan el mensaje varias veces.

— ¿Qué contesto? —preguntó Kasius.

— Nada — respondió Katzergers.

—¿Cómo nada? —preguntó asombrado Tsao-Ky—. Es una

llamada de la Vigilancia Espacial; no tenemos más remedio que contestar o enviarán cohetes militares contra nosotros.

— Bien, que nos localicen y que traten de derribarnos. Estamos bien armados y les daremos qué hacer.

— Pero, comandante, yo no he sido contratado para contravenir las ordenanzas espaciales. Eso me costaría perder mi carnet de piloto espacial y la licencia de vuelo interplanetario. Sólo se me envió para aleccionarles en el manejo del aparato…

— Pues ya está metido en el ajo. Y si peligra su carnet de piloto y su licencia de vuelo interplanetario, también peligra su vida… y las nuestras por supuesto, que valen mucho más.

De pronto sonó la voz del navegante:

— ¡Cohete a la vista, a diez mil kilómetros!

— ¿Qué luces lleva?

— Las normales de posición.

— Es un cohete de la Policía del Espacio. Hay que acelerar al máximo.

— Imposible. Ya no da más de sí —dijo Tsao-Ky.

— Y yo le digo que hay que escapar o presentar combate. Elija.

— Me opongo…

— Usted no va a oponerse a nada, Tsao-Ky. ¡Konrad! Arreste al comandante Tsao-Ky.

Pero el pequeño comandante no estaba dispuesto a dejarse arrestar.

Una diminuta pistola apareció en su mano derecha, mientras con la izquierda buscaba un botón rojo en el cuadro de mandos:

— Nadie podrá arrestarme — amenazó —. Si me obligan, desviaré el rumbo de la nave y la llevaré al canal de seguridad, controlado por la Policía Espacial, para que ellos se hagan cargo de la situación.

— Konrad, cumpla mis órdenes — insistió Katzergers.

— ¿Cómo? —preguntó el capitán—. Estoy desarmado. Usted lo sabe mejor que nadie.

— Katia, llame al jefe de seguridad.

Katia se dirigió a la puerta de emergencia, pero el comandante Tsao-Ky la detuvo:

— Quédese donde está, señorita. No me obligue a disparar contra usted.

Katia se encogió de hombros y volvió a ocupar su asiento.

La radio se volvió a crepitar.

Pronto se oyó una voz que ordenaba se detuvieran, pues trataban de pasar a bordo los policías espaciales.

Juppelin aprovechó la distracción de los dos comandantes antagonistas, para acercarse al cuadro de mandos y bajó la palanca del

acelerómetro hasta la cifra 7.

— ¡Juppelin! —gritó Katzergers—. ¿Se ha vuelto loco?

— Perdone, comandante, quise acelerar para alejarnos de ese cohete policíaco, pero la palanca está invertida, y lo que he hecho es reducir la marcha...

— ¡Cuidado, nos abordan...! —gritó Kasius.

Katzergers, sin respetar la amenaza de la pistola, dio un empujón a Tsao-Ky y volvió la palanca a su posición anterior.

El vehículo dio un tirón, y los que se hallaban de pie rodaron por el suelo.

El comandante Tsao-Ky se golpeó la cabeza con el borde metálico del sillón de mando y perdió el conocimiento.

Primius abandonó un momento su sillón de navegante, quitó la pistola de la mano de Tsao-Ky y luego le colocó unas esposas de acero cromado, que extrajo del bolsillo del pecho, de su mono de vuelo.

Katzergers, ya en su puesto de mando, daba órdenes por los micrófonos de servicio, preparando la defensa.

El navegante avisó de que les habían lanzado un torpedo espacial.

Katzergers dio un golpe brusco y los ocupantes de la cabina perdieron la respiración por unos segundos.

La rápida maniobra libró a la nave del torpedo, que pasó zumbando a pocos metros de su morro, pero, en cambio, estuvo a punto de acabar con la integridad de los tripulantes que no estaban sujetos con los atalajes de seguridad.

Cuando el comandante logró estabilizar la nave, habían derivado más de veinte mil kilómetros de la ruta primitiva a Marte.

— Navegante, sitúeme al cohete que disparó,

— Se halla a más de quince mil kilómetros a nuestra izquierda. El que nos seguía se ha perdido.

— ¿Tenemos algún aparato a tiro de nuestras piezas?

— Sólo el que nos atacó hace unos momentos.

El comandante ordenó a los artilleros que lo destruyeran.

La nave se estremeció al ser disparadas las armas de a bordo unos segundos después, se oyó una serie de explosiones.

— Comandante... objetivo alcanzado y destruido — informó el jefe de los artilleros.

— Buen trabajo —alabó el comandante.

Konrad, un tanto alterado por la emoción, preguntó:

— ¿Y ahora?

— Ahora no podemos ir a Marte, tenemos que escapar de la persecución. Voy a abrir el pliego de instrucciones.

Zacearía tomó los mandos, mientras Katzergers sacaba un sobre del bolsillo de su mono de vuelo y despegaba los lacres.

Leyó unos momentos, volvió a leer, y luego se volvió a Zacearía:

— Cambien el rumbo conforme a las instrucciones.

Zaccaría dio las coordenadas al navegante y éste marcó el nuevo rumbo en el mapa espacial. Luego se volvió asombrado al comandante:

— Pero eso nos lleva a Júpiter, comandante.

— Nos lleva a la ruta de Júpiter, pero no llegaremos a ese planeta. Vamos al planeta telescópico 1.177.

— ¿Gomnessia?

— Exactamente.

— Pero...

— ¿Qué...?

— Nada, comandante. Sólo que no hay canal de vuelo[1] señalado para este rumbo y que ignoro si en Gomnessia se dispone de astropuerto apropiado para esta clase de naves especiales. Hasta ahora, para los vuelos experimentales se han utilizado solamente cohetes de reconocimiento y algún que otro astrobús con turistas.

— No se preocupe. Cuando mis instrucciones dicen que al llegar a 100.000 kilómetros de Marte cambie el rumbo y me dirija a Gomnessia, donde ya tendremos preparado lugar adecuado para atracar, no cabe duda de que nuestro alto mando ha tomado sus medidas.

Primius no dijo nada, pero volvió su atención a la pantalla de vigilancia.

Konrad se acercó al cuadro de mandos. Unas lucecitas blancas, verdes y rojas, se encendían y se apagaban en forma intermitente, atestiguando el funcionamiento de los aparatos automáticos.

La velocidad se había estabilizado en 30.000 kilómetros por minuto, o sea, un millón ochocientos mil por hora.

— Creo que hemos escapado a la persecución de la Policía Espacial — dijo Katzergers satisfecho.

— No lo crea, comandante — dijo Konrad —. A estas horas están rastreando el espacio, pero sin resultado.

— Bien, eso no significa nada. No pueden calcular nuestro rumbo, por mucho que se rompan la cabeza. Y cuando lo encuentren, habremos ya cumplido nuestro objetivo.

— Sabiendo que somos de Cobra, se ahorrarán gran cantidad de cálculos.

—¿Por qué?

— Porque, después de haberse apoderado de la caja de piedras preciosas de Gomnessia, la deducción es lógica.

— ¡Caramba, tiene razón! ¿Sabe que no parece que Luctius haya estado enredando en sus circunvoluciones cerebrales? Razona bastante bien. ¿Qué opinas tú, Katia?

— Yo no poseo el cerebro deductivo y policíaco de Konrad, pero estoy de acuerdo con él.

— Bueno, parece que todo va bien por ahora. Pondremos el piloto automático y nos iremos a comer. Siento hambre desde que tuvimos la escaramuza con los cohetes policíacos.

— ¡Comandante, hay una nave interplanetaria en nuestra ruta! —gritó el navegante—. Está a unos veinte mil kilómetros por delante de nosotros.

— Katia, pide a esa nave sus datos de identificación — ordenó el comandante.

— ¿Qué cifra de identificación doy yo? —preguntó la muchacha.

— Nave policíaca en servicio de patrulla. Tú sabrás un gran número de cifras de identificación: da una cualquiera.

— Está bien, ya veremos cómo sale.

Abrió el canal de comunicación y se acercó al micrófono para pedir a la nave que se identificara. Ella dio unas cifras falsas sobre los datos de la nave de Cobra.

Katia estaba pálida cuando cerró la comunicación, tras escuchar la voz de su novio a través de los altavoces.

Katzergers sonreía irónico:

— Ahí va tu amor. ¿No me dijiste que volaba hacia Mercurio?

— Así es. Éste será otro vuelo. Seguramente, al regreso de Mercurio, ha cargado viajeros y mercancías en Marte, con destino a Júpiter.

— ¡Qué lástima!

— ¿Lástima? ¿Qué quieres decir?

— Que no tardará en darse cuenta de que no somos una patrulla de la Policía, y entonces es probable que comunique nuestra posición a la Be.:., de Vigilancia Espacial, lo que haría que toda la flota del espacio se nos vendrá encima. También es posible que decida cubrirse de gloria y nos ataque... pero no. Llevando treinta turistas a bordo, no se atreverá a atacarnos. Es muy humanitario el joven y cándido Pitterssen.

—Vamos, Katz, deje eso —advirtió Konrad.

—¿Por qué?

— Está molestando a Katia.

— ¿Molestándola? Yo creí que había olvidado a Pitterssen al igual que otras cosas que forman parte de su pasado. Voy a destruir esa nave. Por eso decía «¡qué lástima!»

Pero en la nave que comandaba Pitterssen se habían dado cuenta de dos anomalías: primera, la nave policíaca había dado unas cifras de identificación que no correspondían al registro y segunda, a ellos no se les había notificado que una nave de la policía usaría su mismo canal de vuelo, en misión de patrulla.

Pitterssen cambió la longitud de onda de su aparato, y, por la longitud reservada a los YP, lanzó la alarma.

CAPÍTULO VIII

El NV-K-5 penetró en la zona de los planetas telescópicos, vestigios de la explosión que había ocurrido hacía millones de años.

Konrad observaba, los peligrosos asteroides, a través de la pantalla de vigilancia. Todos tenían un aspecto anguloso y escarpado, que le hizo exclamar:

— ¡Vaya colección de pedruscos! ¿A quién se le ocurrió llamar «planetas» a estos cascajos cósmicos? Parecen montañas escapadas de algún astro...

— No todos son tan pequeños —contestó Primius—. Cimbria, conocido con el número 1.275, tiene más de cuarenta kilómetros de diámetro y Gomnessia. ¡Atención comandante, una escuadrilla de cohetes se aproxima a menos de cinco mil kilómetros...

Konrad se apresuró a ocupar su asiento y asegurarse su atalaje, lo mismo que vio hacer a Katia y Juppelin, pero, a pesar de estar sujeto, sintió la brutal sacudida que experimentó la nave.

De pronto la nave se estremeció sacudida por una terrible explosión, y Katia notó que ante la vista se le ponía una especie de velo azul.

— Katz — gritó —, ¿qué pasa?

— Un torpedo nos ha rozado, y para esquivarlo, hemos chocado con uno de esos pedruscos que decía antes Konrad. Zacearía, ¿tome el mando, mientras me informo de las averías.

Zacearía ocupó el puesto de mando. Katzergers tomó el micrófono de órdenes:

— Comandante a ingeniero jefe... comandante a ingeniero jefe... informe de averías... repito, informe de averías.

— Ingeniero jefe a comandante... ingeniero jefe a comandante... hay una fisura en la cubierta y estamos perdiendo oxígeno y tenemos tres cohetes de derivación averiados. Disponemos de oxígeno solamente para cuatro horas de vuelo... imposible reparar la avería.

— ¿Puede reparar los cohetes de deriva? Los necesitaremos para huir de persecuciones y para posarnos sobre Gomnessia.

— Lo estamos intentando... Comandante, acaban de decirme que también ha resultado averiada una de las poternas de lanzamiento de grana, das... la número 3 del sector segundo.

— Haga lo que pueda, pero, sobre todo, ocúpese de que funcionen los cohetes de deriva. No se preocupe del oxígeno;

estaremos en Gomnessia antes de cuatro horas. Y vea lo que puede hacer con esa poterna de lanzamiento de granadas. Podemos necesitarla en caso de que nos ataquen nuevamente.

Katia y Konrad se habían incorporado en sus asientos, libres del atalaje de seguridad, y vieron a Juppelin que se acercaba a una puerta, sobre la que se leía en varios idiomas:

«Salida de emergencia»

«Escafandras espaciales»

Hizo un gesto de silencio a sus compañeros y examinó la cerradura con disimulo.

No había llave.

Sólo un pestillo a presión, que podía abrirse con un sencillo movimiento.

El comandante se hallaba hablando con el ingeniero jefe y los demás permanecían atentos a los aparatos de vuelo.

Juppelin, usando el sistema de modular las palabras sin pronunciar ningún sonido, advirtió:

— Uno de nosotros debe estar constantemente al lado de esta puerta. Si se produce una avería grave, debemos apoderarnos de tres escafandras y huir de la nave. Con esas escafandras podremos permanecer en el espacio unas horas, hasta que nos recoja alguna patrulla de la policía o una nave amiga.

Como si fuera un presentimiento de Juppelin, en el mismo instante, Primius gritó:

— ¡Una escuadrilla de cohetes se nos viene encima!

Crepitaron las piezas ligeras de proa. Casi al mismo tiempo, a través del amplio ventanal del morro, vieron los torpedos acercarse a la nave.

La nave se estremeció por varias explosiones que se produjeron a lo largo del fuselaje.

Katzergers gritaba:

— ¡Artilleros... destruyan esos aparatos... disparen a discreción y no fallen!

Una terrible explosión los echó a rodar por el piso de la cabina, y la luz eléctrica se apagó.

Katia sintió que una mano la asía por el brazo derecho y la arrastraba sobre el piso.

Una puerta se cerró. A tientas, buscó en el bolsillo del mono, del que extrajo una diminuta linterna de pilas.

La encendió y se encontró al lado de Konrad, al que Juppelin estaba ayudando a entrar en un traje espacial, provisto de escafandra autónoma.

Trabajaban febrilmente, en silencio, y en pocos minutos, los tres estuvieron equipados con trajes de vuelo espacial.

Konrad le explicó:

— Cuando saltemos, tira de esta palanquita que tienes sobre la placa del pecho. Entonces empezarás a recibir oxígeno y podrás resistir cuatros horas, según creo. No conozco muy bien estos modelos orientales, pero sé que su autonomía permite volar en el espacio durante cuatro horas. En ese tiempo nos habrán localizado...

Una terrible conmoción sacudió la nave.

Por un momento, Katia vio un resplandor, que le hizo creer que la luz eléctrica se había encendido nuevamente, pero la oscuridad volvió en el acto, mientras el suelo de la estrecha cabina de escape parecía hundirse bajo sus pies.

Y entonces sobrevino el caos.

Una terrorífica explosión pareció desintegrar la nave. Junto a ella vio abrirse una escotilla, y una mano fuerte la agarró por la muñeca izquierda y la arrastró al exterior.

Se encontró flotando en el espacio; debajo de ella, vio a la NV-K-5, que se hundía envuelta en llamas, girando sobre sí misma.

Sintió que le faltaba el aire, pero siguió las instrucciones que le había dado Konrad.

Acercó la mano derecha a la placa que cerraba el traje espacial sobre su pecho, y levantó la palanquita roja.

Inmediatamente sintió la frescura del chorro de oxígeno que penetraba en sus pulmones.

Y allá, en la profundidad del espacio, se produjo una tremenda explosión, cuya onda expansiva, a pesar de la falta de atmósfera, llegó hasta ella, desplazándola unos centenares de metros en sentido opuesto a la explosión.

Y entonces, se dio cuenta de que no estaba sola.

A su lado se hallaba Konrad, flotando dentro de su escafandra, haciéndole señas de que levantara, como él acababa de hacerlo, una especie de visera azul adosado al casco.

Imitó sus movimientos, y entonces no solamente se libró de los rayos directos del sol, que le molestaban si no que, al levantar la visera, se puso en marcha el intercomunicador y pudo oír claramente la voz de Konrad:

—¿Cómo te encuentras, Katia?

— Bien.

— Tienes en la cintura un cable enrollado, Suéltalo y engánchalo al mío. Así no nos separaremos.

— ¿Y Juppelin?

— Saltó antes que nosotros. Supongo que lo encontrarán los cohetespatrulla, igual que a nosotros.

— ¿Oirán nuestras llamadas?

— No lo creo. Estos aparatos sólo sirven para comunicar una

escafandra con otra, pero no creo que tengan alcance suficiente para que su señal sea captada por los aparatos en vuelo. ¿Tienes hambre?

— ¡Qué ocurrencia! ¿Quién piensa en comer?

— Pues hay que comer. Perdemos muchas energías viviendo en este medio.

— Yo me pregunto qué habrá sido de la NV-K-5, que es más importante que comer, por lo que a nosotros respecta.

— Fue alcanzada de lleno por un torpedo atómico antes de saltar nosotros y a pesar de su grueso blindaje, se abrió como una nuez de un martillazo. Después de abandonar nosotros la nave, el fuego debió llegar a los depósitos de municiones, y voló en pedazos. Lo siento por el comandante Tsao-Ky. Los demás eran unos criminales.

— ¿Qué es eso que se acerca?

— Un asteroide. Tira del cable para acercarte a mí, y pasará por tu lado sin hacerte daño.

La mole de roca pasó a pocos metros de la joven, produciendo una ligera succión apenas perceptible, una vez rebasada la altura que ocupaba.

— Podíamos haber subido a ese peñasco, para descansar un rato —comentó.

— Espera unos minutos, que subirás a un lugar más agradable — dijo Konrad, señalando un punto en el espacio.

Katia siguió la dirección del brazo extendido y vio acercarse un cohete, que fue disminuyendo su velocidad hasta detenerse a su lado.

En pocos minutos, los dos jóvenes se hallaban flotando sobre la parte superior del cohete.

Una escotilla se abrió en un lado del aparato, y de ella surgió un cable, a cuyo extremo iba una ancha argolla de plástico endurecido, a la que se agarró Konrad. Luego ató a ella los cables que los sujetaban por la cintura.

El cable tiró de ellos hasta que entraron en la escotilla, que se cerró automáticamente sobre sus cabezas.

Luego, el suelo se fue hundiendo, hasta que llegaron en un estrecho cuarto metálico, cerrado herméticamente.

Una voz habló a través de un pequeño altavoz:

— Abandonen el disco sobre el que se hallan y sitúense a la puerta opuesta. Permanezcan inmóviles hasta que se abra la puerta lateral.

Acataron las instrucciones y permanecieron inmóviles apretado uno contra otro en el fondo del estrecho cuartito.

Entonces empezó a elevarse el disco metálico, sobre el cual habían descendido, hasta encajar perfectamente con una escotilla abierta en el techo.

Se oyó un chasquido y el muro de metal se abrió, dando paso a

un saloncito muy bien iluminado, en el que se hallaba un capitán de la Policía Espacial, con la pistola en la mano.

Un policía les ayudó a quitarse las escafandras. Entonces el capitán habló:

— Identifíquense.

— Capitán Konrad de la Policía Espacial, destinado en la Base de la S.W.A., en Nueva York Cifra de identificación espacial...

— No te molestes, ya me figuraba que erais vosotros los prisioneros que con tanto interés reclama el coronel Lowitz. Usted es Katia Waltz, ¿no?

— Sí, capitán.

— Bienvenidos a bordo del IK-96. Soy el capitán Kripsius, de la Base Gran Syrte de Marte. Vengan conmigo.

Siguieron al capitán Kripsius hasta la cámara principal, donde había una mesa preparada con dos cubiertos.

Hasta entonces, no se había dado cuenta Katia del hambre que tenía.

En cuanto a Konrad, a la vista de la mesa, se puso a dar saltos de alegría.

— Parece que hay apetito, ¿eh? —¡preguntó Kripsius.

— Realmente, capitán — dijo Katia —, me comería un buey. Nunca he sentido tanta hambre en mi vida.

—Ya te decía que el espacio consume muchas energías. Una pregunta, Kripsius, ¿habéis encontrado a nuestro compañero Juppelin?

— Lo recogió mi compañero de patrulla, el IK-95. Ya debe estar en la Base de Gran Syrte. Nosotros llegaremos en una hora. Hemos derivado un poco hacia Júpiter, para evitar los asteroides.

— ¿Se halla Gomnessia en nuestro rumbo? — Preguntó Katia.

— Unos cuantos miles de kilómetros hacia la órbita de Júpiter. Imposible acercarse ahora a esa base provisional.

— ¿Por qué?

— Porque está protegida por un anillo de naves armadas, que no permiten acercarse a ningún vehículo espacial, si no da ciertas señales por radio y unas consignas secretas del servicio.

— Entonces, de todas formas, la NV-K-5 no hubiera podido aricarse a Gomnessia.

— Ni pensarlo. Estaba precisamente acercándose a la zona de vigilancia, y por eso fue atacada por varias escuadrillas a la vez. De todas maneras, antes de alcanzarlo, nos destruyó tres patrulleros.

Katia quería hacer una pregunta, pero temía que a Konrad no le gustara. Por fin se decidió:

— Capitán, ¿sabe si el YP-111 sigue rumbo a Júpiter?

— ¡Hombre, ya no me acordaba! El comandante Pitterssen lanzó

una llamada interesándose por usted en caso de ser rescatada, viva o muerta. Voy a enviar un mensaje al YP-111 dándole la noticia de que está sana y salva a bordo de mi patrullero espacial. Seguro que se alegrará.

— Entonces, ¿no ha llegado todavía a Júpiter?

— No lo hará hasta mañana. Puede hablar con él si quiere...

— No, ya le llamaré desde la base. Ahora sólo deseo acabar de comer. Y luego descansar un poco.

El capitán abandonó el comedor. Konrad siguió comiendo en silencio.

— Simpático el capitán, ¿verdad, Konrad?

No hubo respuesta. Konrad estaba dando cuenta de un enorme filete.

— Konrad, no seas grosero. Te estoy hablando.

— Perdona, no te oí, ¿qué decías?

— Que es simpático el capitán Kripsius. ¿No te parece simpático?

— Lo es. ¿Qué más?

— Nada. Simplemente eso, que es simpático.

— Recuerda la Ley 27.

— ¿Qué tiene que ver la Ley 27?

— Que no permite el matrimonio entre terrícolas y marcianos.

— Bueno, pues muy bien. ¿Qué me importa eso a mí?

— ¿No te parece tan simpático Kripsius?

— Sí, hombre, pero no veo...

— Pues eso: que Kripsius es marciano.

— Oye, pedazo de tonto, ¿crees que me he enamorado de Kripsius?

— No tendría nada de particular. ¿No estás enamorada de ese comandante Pitterssen, que anda siempre volando de un planeta a otro? ¿Para qué quieres un novio al que sólo ves una vez al año, entre vuelo de regreso de Mercurio y de ida a Saturno?

— Konrad, ¿qué te importa a ti que yo esté enamorada de Pitterssen o del Gran Lama del Tíbet?

— Mira, no me importaría que te enamoraras del Gran Lama. Por lo menos, lo tendrías a mano en su templo de Lasa, a dos horas de vuelo de Nueva York en un avión normal. Pero ese «saltaplanetas»... a lo mejor, hasta es feo.

— Konrad, termina tu filete; luego hablaremos.

— Puedo dejar el filete, si lo que vas a decir vale la pena.

— No. Tienes que estar en forma para lo que tengo que decirte.

— Está bien. Engordaremos para morir.

El capitán regresó en aquel momento:

— Pitterssen envía sus saludos; especialmente a Katia. Dice que

la verá dentro de cuatro meses en la base de Nueva York, si no surge algún viaje imprevisto.

— Ya lo sabes Katia, dentro de cuatro meses, te dirá: «Hola y hasta la vista. Salgo en veinte minutos para Plutón. Volveré el año que viene, para Navidad.»

Kripsius lanzó una carcajada:

— ¿De qué te ríes? — preguntó Konrad, amoscado.

— De nada, hombre. En Marte, cuando nos gustan, se lo decimos francamente y en paz. No andamos con tantos circunloquios.

— Capitán — dijo Katia—, ha puesto el dedo en la llaga. Konrad está pasando un mal rato. No se atreve a decir las cosas claras y prefiere que los demás las adivinemos.

— Kripsius, ¿quieres dejamos solos?

En aquel momento, los altavoces anunciaron.

— Estaremos en la base dentro de diez minutos. Todos los tripulantes a sus puestos y sujétense los atalajes de seguridad.

— ¡Arrea, ya no hay tiempo de nada! Vengan conmigo, les señalaré sus puestos de aterrizaje. Ya tendrán tiempo de discutir sus asuntos en la Base de Gran Syrte.

— O en el viaje de regreso a la Tierra. Porque

yo he de regresar a mi puesto de secretaria del coronel Lowitz. Estoy enamorada...

— ¿Quéee...? — preguntó Konrad con los ojos abiertos como platos.

— ...de mi trabajo, mal pensado.

CAPÍTULO IX

— Hay que destruir a Cobra — el coronel Lowitz paseaba a grandes zancadas ante Katia y sus dos compañeros, recién regresados de Marte—, pero esta vez no podemos fracasar. La organización ha sufrido serios reveses en el asunto de Gomnessia, pero eso no ha debilitado excesivamente su poder. ¿Qué propone, Konrad?

— Cuando partimos de la base de Cobra, tuve cuidado de mirar los aparatos indicadores en el cuadro de mando del NV-K-5 y sé exactamente la posición.

— ¿A qué altura se hallaba el NV-K-5 cuando tomó los datos?

— El altímetro marcaba 20.000 metros, pero había estado atento y, a pesar de los efectos de la aceleración, no hubo deriva alguna antes de alcanzar los veinte mil metros.

— Bueno, despreciando el posible error, por insignificante, si la nave se mantuvo recta en su línea de escape, podemos calcular con bastante aproximación el emplazamiento de la base de Cobra, con los datos que posee.

— Así es, señor.

El coronel se acercó a la mesa y extrajo de un cajón un mapa que extendió sobre ella.

Se proveyó después de una regla graduada y un compás.

— ¿Cuáles son las cifras? — preguntó al oficial.

El joven le facilitó los datos.

El coronel midió con el compás sobre el mapa, trazó unas líneas y luego exclamó:

— ¡Ajá...! Esto coincide con los datos e informes que nos facilitó la base de Miami cuando el ataque al buque y los aeromóviles armados de Cobra.

— ¿Dónde está situado exactamente ese lugar?

— En la costa occidental de África, exactamente en el estuario del río Muni. Las coordenadas se cruzan sobre una localidad denominada Maduanebé, entre las desembocaduras de los ríos Conigüe y Mitong. Es una zona bastante difícil de vigilar, pero hay que hacerlo. Tenemos que hallar los canales de vuelo y de navegación que utilizan sus naves espaciales, y los buques para entrar en la base. Luego volaremos todo el complejo de tal manera que no quede rastro.

— Podríamos establecer un puesto de vigilancia en algún lugar próximo, donde tengamos una base de la S.W.A. — propuso Juppelin.

— Tenemos un puesto secundario en la Isla de Santo Tomé, que se encuentra sólo a irnos minutos de vuelo del lugar indicado.

— Pues es el sitio ideal para establecer la base de vigilancia.

— Bien. Daré las órdenes oportunas. Enviaré a la base una escuadrilla de aviones de observación y otra de caza. Konrad, usted ostentará el mando y llevará como segundo al teniente Juppelin. Saldrán esta misma tarde.

Katia estaba pensativa, pero no dijo nada.

Miraba alternativamente al coronel y a Konrad.

El capitán estaba también algo azorado, y se le veía con ganas de decir algo, pero la disciplina le impedía hacer ninguna observación a su superior.

Por último, el coronel miró a sus tres subordinados alternativamente y preguntó:

— ¿Alguna sugerencia?

— Sí, coronel — habló Juppelin —. ¿Llevaremos explosivos de alta potencia, para destruir la base tan pronto como la hayamos localizado?

— Sí, llevarán en cada aparato de caza y destrucción un par de bombas Super H.

Katia se decidió:

— Coronel, si me lo permite...

— ¿Qué hay, Katia?

— ¿Qué pinto yo en todos estos planes de ataque? ¿He de verlos desde la oficina central?

— ¿Quiere ir a la isla de Santo Tomé? Aquello es muy aburrido, créame.

— Alguien tendrá que ocuparse de la administración, ¿no?

— Katia, dígame francamente una cosa: ¿tiene interés personal en formar parte de esta expedición?

Katia se puso encamada.

— Coronel, usted me metió en esto. Por su culpa he estado prisionera en poder de Cobra, estuve a punto de que un doctor loco volviera mi cerebro del revés y me lo colocara de nuevo arreglado. He volado a Marte, nos han bombardeado, he flotado en el espacio y he corrido mil y una aventuras. Y ahora, cuando está a punto de terminar el asunto, con el exterminio de los malos y el triunfo de la justicia, quiere apartarme del negocio. No es justo.

— Yo había pensado que preferiría estar aquí cuando llegue el YP-111 con su prometido Pitterssen.

— Tardará cuatro meses; para entonces, ya habrá terminado su misión Konrad y su fuerza expedicionaria.

— Estará aquí dentro de seis días. Nuevas órdenes.

— ¿Cómo dice? ¿Seis días?

— Sí, vendrá directamente de Júpiter a esta base. El personal de máquinas de la nave ha de ser relevado. Llevan demasiado tiempo soportando la radiación. Y por otra parte, la nave va a ser totalmente revisada y acondicionada para el vuelo anual de las altas jerarquías de la S.W.A. a las bases extraterrestres.

—¿Y cuánto tiempo estará Pitt en tierra?

— Unos dos meses. El tiempo que se tardará en revisar la nave y acondicionarla para el vuelo de los jerarcas.

Katia vacilaba. Miró de reojo a Konrad, pero al fin tomó una decisión:

— Bien, coronel, cuando aterrice, dígale dónde estoy. Si quiere verme, que tome un cohete y vaya a echarnos una mano. Ya tendrá ocasión de descansar allí, si Santo Tomé es tan aburrido como dice.

El coronel se encogió de hombros:

— ¡Mujeres...! — murmuró para sí —. Ni el demonio las entiende.

— ¿Decía algo, coronel?

— Nada importante, Katia. Se hará cargo de la administración de las escuadrillas expedicionarias. Vaya con el capitán a los depósitos de material y víveres y pidan todo lo que necesiten. Juppelin, acompáñeme. Me ayudará a elegir los aparatos y el personal más adecuados.

A lo largo del iluminado pasillo, Konrad caminaba delante de Katia con paso vivo.

La muchacha daba largas zancadas, pero le era imposible mantener el ritmo impuesto por el atlético capitán.

De pronto, se detuvo y gritó:

— ¡Konrad...!

— ¿Qué quieres? — preguntó el capitán deteniéndose.

— ¿Quieres acercarte?

Konrad anduvo unos pasos y se detuvo frente a ella.

— ¿Bien? — preguntó.

— Dime una cosa: ¿los almacenes de material y víveres están en esta base?

— Sí, abajo en los sótanos. ¿Por qué?

— ¿No es cierto que no los cierran hasta las nueve de la noche y que ahora son las cinco de la tarde?

— Sí.

— ¿Hay alguna posibilidad de que desaparezcan de su actual emplazamiento?

— ¡No digas tonterías!

— ¡Yo no digo tonterías!

— ¿A qué viene eso de que no hay posibilidad de que desaparezcan los almacenes?

— Pues que si aún faltan cuatro horas para el cierre y no hay posibilidad de que los almacenes huyan de su actual emplazamiento, ¿por qué diablos vamos a paso de carga?

— Es mi forma de andar. Y ya que te has propuesto seguir mis pasos, adonde quiera que yo vaya, tendrás que adaptarte a mi velocidad, o abandonar la empresa.

— ¡Ah, era eso! Bueno, la cosa puede arreglarse fácilmente. Iré a decirle al coronel que ya no me interesa ir contigo a Santo Tomé.

— Tú no harás eso.

—¿Por qué?

— Pues porque el Reglamento... la disciplina... ¡porque no me da a mí la gana, porras!

— Sabía que eras un grosero, pero no que llegaras a expresarte como un niño mal educado. Regreso a la oficina del coronel y no trates de detenerme. Renuncio a ir a Santo Tomé contigo.

— Sabes que el coronel no está en su oficina. Bueno, perdona mi ex abrupto, pero un hombre tiene que sacar de vez en cuando el genio, para demostrar que él es... bueno, quiero decir...

— No digas nada más, o lo estropearás definitivamente. Vamos a hacer esos pedidos, pero a paso normal.

— Está bien. Marca tú misma la pausa.

— Eso está mejor, capitán. Dame tu brazo, y no creemos conflictos de circulación en los pasillos de la base.

* * *

Cuando, seis días después, aterrizó en la base de Nueva York el YP-111, el comandante Pitterssen tomó el primer aeromóvil y llegó a la oficina del coronel Lowitz sin aliento.

— Dígale a la señorita Katia Waltz, la secretaria del coronel Lowitz, que está aquí el comandante Pitterssen — informó al ordenanza de servicio.

— Lo siento, comandante, pero la señorita Katia no está ya en esta base.

— ¿Cómo? ¿Que no está en esta base? ¿Pues, adonde ha ido?

— Vale más que le pregunte al coronel Lowitz, comandante. Yo no estoy autorizado a dar esa información.

— ¿Es un secreto?

— Está en marcha una operación, señor, y el actual destino de la señorita Katia se halla relacionado con esa operación.

— No me diga nada más. Anúncieme al coronel.

— Sí, señor.

Se acercó a un micrófono a la boca y anunció:

— El comandante Pitterssen desea ver al coronel Lowitz.

— Que pase el comandante Pitterssen. Y que no nos moleste

nadie.

El coronel recibió a Pitt muy cordialmente:

— ¡Querido muchacho! ¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Seis meses?

— Once meses, coronel. He recorrido casi toda la Galaxia en ese tiempo. ¿Qué hay con Katia? Esperaba encontrarla en su oficina.

— Han surgido emergencias...

— Ya lo sé, intervine en el asunto indirectamente en mi vuelo a Júpiter. Pero tenía entendido que tanto ella como sus compañeros habían regresado a la Tierra. Y yo esperaba encontrar a Katia en su puesto. Quisiera aprovechar estos dos meses de descanso para casarnos.

— Nada os impide casaros, en mi opinión.

—¿No?

— No. Daré órdenes para que te entreguen un cohete de gran autonomía y puedas ir a reunirte con ella.

— ¿No está en misión oficial?

— Sí, forma parte de una expedición militar, pero eso no le impedirá casarse... si ella quiere.

— ¿Cómo si ella quiere? ¿Por qué no ha de querer? Es mi prometida.

— Mira, muchacho, no quisiera parecerte ave de mal agüero, pero estimo que debes ir cuanto antes á reunirte con Katia, si quieres salvar tu amor.

— ¿Lo cree en peligro?

— Cuando un hombre y una mujer, jóvenes y

no mal parecidos, se ven envueltos, juntos, en una serie de aventuras... Bueno, tú ya me entiendes.

— ¿Cree que se ha enamorado del capitán Konrad?

— No se lo he preguntado.

— ¿Entonces?

— Ella misma me pidió que la enviara de administrativa con la expedición.

Pitt quedó un momento pensativo; luego pidió:

— Dé la orden para que me entreguen un aparato. ¿Dónde están los expedicionarios?

— En la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea. Espera un momento. Te entregaré la orden y las directrices de vuelo. Puedes estar allí en tres horas... ¿Qué hay? — preguntó al ver que se encendía una lucecilla roja en el intercomunicador:

— Coronel, llamada urgente de la isla de Santo Tomé.

— Pásemela.

CAPÍTULO X

Uno de los aparatos de reconocimiento de la base de Santo Tomé informó que había registrado un exceso de radiactividad en una zona determinada, y comunicó su posición clave.

Konrad recibió el mensaje personalmente y en seguida procedió a situar en un gran mapa la posición del aparato

Acto seguido, pidió información a Katia sobre el oficial que tripulaba el avión de reconocimiento. La joven se apresuró a responder:

— El teniente Scranton, ese jovenzuelo que silba cada vez que paso por su lado.

— ¡Ah, sí, ya sé quién es! Haz el favor de llamar para que preparen mi aparato, mientras me pongo el traje de vuelo.

— ¿Vas a ir tú a comprobar el descubrimiento?

— Sí, me parece que por fin estamos sobrevolando la base secreta.

— ¿Y si el exceso de radiactividad se debiera a una veta de mineral radiactivo, o a otra causa natural?

— Entonces habríamos descubierto la mejor mina de material radiactivo de la Tierra. Siempre será un gran descubrimiento, ¿no te parece?

— ¿Por qué no envías a Juppelin?

— Porque es mi segundo, y debe quedar al mando de la base.

— Está bien. Puedes marcharte, si ése es tu gusto. Pitt tiene anunciada su llegada para dentro de dos horas.

— Muy bien, si no estoy de regreso, hazle los honores en mi nombre.

— ¡Ah, bien! ¿Con que esa es tu actitud ante la llegada de mi prometido?

— Mi querida Katia, tengo una misión que cumplir y voy a poner todo mi esfuerzo en cumplirla bien. Nada personal interferirá en el cumplimiento de la misión que me ha sido confiada. ¿Lo has entendido?

* * *

— Bien, Scranton... márqueme el punto exacto donde más fuerte es la radiactividad.

— Póngase a mi cola, capitán. Lo llevaré al punto exacto.

Unos minutos después, Scranton comunicaba.

— Dentro de dos minutos volaremos sobre un claro de la selva. Hay una depresión, una especie de cráter antiguo o algo parecido. Es allí donde la aguja del Geiger emprende su alocada carrera hasta la cifra más alta.

La espesa selva se interrumpía bruscamente para formar un gran claro en el centro del cual se observaba una amplia depresión circular, cuyo suelo estaba constituido por pedregales y pequeños arbustos y matorrales.

— Ahí lo tiene, capitán. ¿Lo ve? Parece un cráter lunar, pero sin rebordes.

— Ya lo veo. Marcaremos su posición exacta y regresaremos mañana con un helicóptero. Vamos a descender, a ver qué hay ahí abajo.

Ya iban a virar para regresar a la base, cuando un fenómeno extraño ocurrió en el fondo del cráter:

Una fina línea se dibujó a través del fondo, marcando una especie de meridiano luminoso en el amplio círculo, que poco a poco se fue ensanchando, dejando ver el interior iluminado de un amplio orificio, en cuyo centro apareció el morro de una nave espacial, de tipo medio.

Las pesadas cortinas metálicas acabaron de abrirse, sin que los arbustos y piedras que había sobre la superficie sufrieran el menor movimiento, hasta dejar totalmente al descubierto el interior, donde la nave espacial estaba a punto de despegar:

— Capitán — gritó Scranton —, ¿ha visto eso?

— Lo he visto, Scranton. Llama a la base para que envíen aparatos rápidos de bombardeo. Sal de la zona en seguida; no vayan a derribarte.

— ¿Qué va a hacer usted?

— ¡Eso es cosa mía! Cumple mis órdenes rápidamente.

El aparato de Scranton viró a la izquierda y desapareció volando a ras de las copas de los árboles.

Konrad dibujó un espiral sobre el cráter, y cuando estuvo sobre la vertical, inició un picado” hasta llegar a 500 metros sobre la abertura circular.

Dejó caer una bomba ligera y pronto recuperó altura rápidamente.

Desde cinco mil metros de altura, oyó la explosión apagada por la distancia y miró hacia abajo.

Ahora sí parecía aquello el cráter de un volcán, que súbitamente entrara en erupción.

Hacia el cielo se elevaba una columna de llamas y humo, entre

la que se mezclaban trozos del cohete espacial que se hallaba a punto de ser lanzado cuando Konrad atacó.

En pocos minutos, el cielo se pobló de explosiones de las ocultas baterías antiaéreas que protegían la base de Cobra.

Y del próximo estuario del Muni, empezaron a surgir aeromóviles de caza, que se dirigieron como rayos plateados al encuentro del aparato de Konrad.

Dos de aquellas naves, más rápidas que las demás, se aproximaban peligrosamente al IJ-1 de Konrad.

Preparó sus ametralladoras delanteras, y cuando se hallaban los aparatos «C» a cinco mil metros, abrió fuego.

Las dos líneas de luz naranja trazadas por las ráfagas, convergieron sobre la pareja de aparatos atacantes.

Mantuvo el índice sobre el botón rojo hasta que vio desintegrarse uno de los «C» en el aire.

El otro «se descolgó» en un picado impresionante, para escapar del fuego del IJ-1.

Entonces abrió el canal de la radio y, empezó a informar a la base de Santo Tomé que estaba siendo atacado por los aparatos de Cobra.

— Te escucho, Konrad — le interrumpió la voz de Katia —. Yo daré la posición a los pilotos. Regresa antes de que te derriben; tu aparato no está armado para combatir contra los «C».

— No interfieras, Katia. No tengo tiempo de discutir contigo... Espera, se acerca un «C» por la cola...

Se oyeron una serie de explosiones, tableteo de ametralladoras y nuevamente la voz de Konrad:

—Lo hubiera derribado, pero ha huido el muy... Espera... vuelve de nuevo...

Otra vez las ráfagas de ametralladora puntearon la emisión de la radio del IJ-1. Se oyó indistintamente la aceleración de los motores, y un raro sonido como si una tela fuerte se desgarrara de un tirón. Luego la voz de Konrad:

— Bueno, Katia, esto se pone feo. Creo que ese tipo me ha estropeado un ala... pero lo he derribado. Hasta luego... me hundo sin remedio...

— ¡Konrad...! ¿Qué te pasa? ¡Contesta, querido...!

Un silbido siniestro se oía en el altavoz. La voz de Konrad, muy débil, surgió aún del aparato.

— Saluda a Pitt... que me busquen los muchachos en el bosque... Adiós, Katia...

Y después, el silencio.

* * *

Las escuadrillas de la base, mandadas por Juppelin, llegaron en cincuenta segundos a la zona de combate.

Unos seis o siete «C» sobrevolaban la zona, protegiéndola contra bombarderos, en tanto se cerraba de algún modo el enorme cráter, ahora ensanchado por la explosión del cohete interplanetario.

Los aparatos de caza de la Policía Espacial atacaron decididos a los «C», y éstos, a pesar de su moderno y excelente armamento, nada pudieron hacer contra aquellos bien entrenados pilotos, que los acosaban por todas partes.

Cuatro fueron derribados y dos se dieron a la fuga, perseguidos por rápidos «IJ».

Entretanto, los aparatos de bombardeo dejaban caer sus bombas Super H por la inmensa chimenea.

Dentro de la montaña se sucedieron las explosiones, y por los túneles de acceso que usaban los aparatos surgieron llamaradas que avanzaron sobre el estuario, hasta más de dos kilómetros.

El interior de la base secreta de Cobra era un mar de llamas, explosiones y deflagraciones, de los que ningún ser humano podría sobrevivir.

Una nave atómica, atracada en el muelle subterráneo, zarpó a toda máquina, con el triunvirato del Mando Supremo a bordo. Entre explosiones y ráfagas de llamas procedentes del interior de la montaña, logró llegar al estuario y viró hacia la salida al mar libre, pero ya los aparatos de bombardeo estaban alerta y aguardaban la salida de buques o aparatos aéreos por los canales de escape, ya conocidos por la salida de las llamas, humo y restos expulsados por las explosiones.

Juppelin reconoció en el acto el buque, gemelo del «Cobra» que hizo caer a su avión. Inmediatamente avisó a todas las escuadrillas de su descubrimiento y ordenó el hundimiento del buque.

Él, por su parte, se lanzó hacia el mar, y cuando tuvo la cubierta del buque debajo de su aparato, dejó caer la primera bomba.

Recuperó altura y trazó un círculo en el espacio, para volver a entrar en picado.

En pocos segundos, la cubierta del «Cobra» se convirtió en un infierno de explosiones, llamas, humo y disparos de los ocho cañones antiaéreos, que lanzaban sus proyectiles a razón de veinte disparos por segundo. Los proyectiles dotados de cabeza térmica, que seguían a los aviones en el aire, estallaban inofensivos en medio de las escuadrillas de la policía.

Por último, una bomba alcanzó el pañol de municiones y el buque voló en pedazos.

La onda expansiva hizo vibrar el avión de Juppelin, a pesar de hallarse a más de siete mil metros sobre el mar, cuando se produjo la

explosión.

En el interior de la montaña seguían produciéndose estallidos, y el fuego estaba destruyendo lo que quedaba de aquellas instalaciones que habían costado muchos millones y años de trabajo.

Juppelin ordenó el regreso a la base. Ahora abrió el canal de comunicación e informó del gran éxito de la misión.

— ¡Juppelin... — sonó la voz de Katia —. ¡Konrad no ha regresado... ordena que lo busquen sobre la zona de combate... estoy segura de que está vivo en algún lugar de la selva o sobre el mar... ordena que lo busquen... Por Dios, Juppelin... no lo abandones...!

— Está bien, Katia, lo buscaremos.

Una voz inesperada sonó de pronto en el altavoz.

— ¡Hola, Katia! Soy Pitt. He oído tu desesperada súplica para que busquen a Konrad... Mi aparato es ideal para esa clase de operaciones. Dame la posición aproximada de la zona en que crees fue derribado... cambio.

La muchacha le informó sobre la posición aproximada de Konrad cuando fue derribado.

— De acuerdo — contestó Pitt —. Lo buscaré.

— Konrad debe estar en la selva o en el mar, en un radio de unas cien millas alrededor del cráter producido por las explosiones. ¿Estás muy lejos del objetivo?

— Llegaré en tres o cuatro minutos. Lo encontraré, querida. Ten confianza en mí.

— Gracias, Pitt. Eres un buen muchacho. Suerte.

* * *

La sensación de que se hundía en un pozo sin fondo fue desapareciendo.

Ahora no oía el terrible silbido que lo aturdía, ni tampoco giraba como una peonza en el vacío.

Había llegado por fin a algún lugar estable y firme.

La luz del exterior se filtraba a través de sus párpados, produciéndole una especie de deslumbramiento que le resultaba bastante molesto.

Volvió la cabeza a un lado, y el resplandor desapareció.

Aunque semiinconsciente, comprendió que el sol le daba de cara al principio, y que ahora, al volver la cabeza, ya su luz no le molestaba.

Y entonces abrió los ojos.

Estaba tendido boca arriba, al lado de una corriente de agua.

El suelo era arenoso y suave.

A unos cincuenta metros, a su derecha, empezaba la selva.

Y a menos de diez, a su izquierda, empezaba el cauce de un río,

cuya orilla opuesta no alcanzaba a ver, en la posición en que se hallaba.

Trató de incorporarse, pero se encontró sujeto por los tirantes de su paracaídas.

Se soltó los atalajes y luego se sentó.

Entonces vio sangre sobre su pantalón de vuelo.

El muslo izquierdo lo tenía acribillado por una ráfaga de ametralladora.

Sin embargo, el hueso no debía estar roto o, de lo contrario, no hubiera conseguido sentarse.

¿Y su aparato?

Seguramente cayó al agua y se había hundido.

Se quitó el casco.

La pequeña radio de emergencia parecía no haber sufrido daño.

Para probar, abrió el canal de servicio y empezó a marcar la llamada en clave:

— IJ-1 a B.ST… IJ-1 a B.ST…

— B.ST a IJ-1… ¡Konrad…! ¿Dónde estás?

— Hola, Katia. No lo sé exactamente, pero voy a averiguarlo. Manda un helicóptero… hay una gran corriente de agua, creo que es el río Conigüé.

Creo hallarme en las proximidades de su desembocadura en el estuario del Muni… Estoy en la margen izquierda, a juzgar por la corriente…

— ¿Estás herido?

— Bueno, me han hecho unos cuantos agujeros, pero no creo que tenga ningún hueso roto. Es el muslo izquierdo…

— Hay aparatos buscándote. También te busca Pitt con su aparato… Ahora enviaré dos helicópteros para que recorran toda la orilla izquierda del Conigüé…

— No te molestes, Katia. Ya tengo un pájaro sobre mí, y me parece que debe ser tu adorado Pitt, a juzgar por el tipo de su aparato…

Una nueva voz le interrumpió:

— Deje de charlar con mi novia, capitán. Me he guiado por los lamentos que ha lanzado por radio… Espere un poco y lo recogeré. Y deje en paz a Katia.

El aparato descendió verticalmente, sostenido por dos pequeños cohetes de frenado, hasta posarse suavemente en tierra, a pocos metros del lugar donde estaba Konrad.

La tapa transparente de la cabina se levantó y el comandante Pitterssen bajó ágilmente a tierra.

— ¡Soy el comandante Pitterssen! ¿Cómo se encuentra, capitán?

— Tengo un remo perforado, pero no creo que sea gran cosa.

Estoy más herido en mi amor propio que en la pierna, créame.

— ¿Por qué? No es ninguna deshonra ser herido en combate.

— No me refería a eso, comandante.

— ¿Lo dice por lo que le dije sobre mi novia?

— Bueno, Katia y yo no contábamos con usted en la Tierra hasta dentro de unos meses... Habíamos hecho nuestros planes, ¿sabe?

— Sí, ya comprendo. Traicionarme antes de casarme con ella.

— No habiendo matrimonio, no hay traición. Creo yo.

— Es igual. Estamos comprometidos y eso ha debido ser suficiente para usted.

— Pues no, señor, no lo es.

—¿Cómo que no?

— Usted no la quiere, comandante. Se pasa la vida de un planeta a otro, sin acordarse de lo que deja en la Tierra. Usted está enamorado del YP-111 y no de Katia.

— Y ella, ¿lo cree así también?

— Claro que sí. Y si no, pregúnteselo.

— Bueno, vamos a bordo. Yo le ayudaré. Luego hablaremos con Katia.

Con la ayuda del comandante, Konrad pudo ir cojeando hasta el aparato.

Fue un poco más complicado hacerle subir por la estrecha escalerilla de aluminio, pero al fin se halló cómodamente instalado en la cabina.

Ya en vuelo de regreso, Pitt llamó a la base y cuando Katia contestó a la llamada, le preguntó:

— Katia, dice Konrad que tú ya no me quieres, ¿es cierto?

— Verás, Pitt, no es que haya dejado de quererte... pero tú siempre andas de un planeta a otro... Quieres más a tu dichoso cohete que a mí...

— Sí, creo que tienes razón. Quiero mucho a la YP-111.

— ¡Pues cásate con ella!

— De acuerdo. Así lo haré. Y tú y Konrad seréis los padrinos. En justa correspondencia, yo seré el padrino de vuestra boda.

Una voz iracunda sonó en el altavoz:

— ¡Pitterssen, Katia! ¿Quieren dejar libre el canal para asuntos oficiales? ¿Creen que pueden interferir todas las comunicaciones oficiales de urgencia, con sus descabellados proyectos para el futuro?

— ¡Oiga, quien quiera que sea! ¿Por qué se mete en los asuntos que no le importan? ¿Quién le ha autorizado a interferir nuestra conferencia?

— ¡Soy el coronel Lowitz...! ¡Y se acabaron las vacaciones en Santo Tomé! ¡Regresen inmediatamente a la base de Nueva York!

— Perdone, coronel, no sabíamos que era usted. ¿Por qué nos

suprime las vacaciones? — preguntó Pitt.

— ¡Porque el padrino de boda seré yo! Y no puedo desplazarme a Santo Tomé. Tengo que hacer un largo informe a la superioridad sobre la destrucción de Cobra.

— Gracias, coronel. Saldremos inmediatamente. La boda será... un momento. ¿Cuándo, Konrad?

— Cuando se decida Katia.

— Coronel... ¿está a la escucha?

— Sí, espero la respuesta a mi proposición.

— Dice Konrad que la fecha de la boda la señalará Katia.

— ¡En cuanto lleguemos a Nueva York! — declaró Katia.

— ¿Qué contesta, Konrad?

— Que estoy herido... Por lo menos, habrá que esperar a que me curen...

— ¿Lo oye, coronel? Ya empieza a arrepentirse...

— ¡Eso no! Nos casaremos en cuanto lleguemos a Nueva York, aunque me tengan que llevar en un sillón de ruedas.

— Yo te llevaré, querido — intervino Katia.

— Entonces, de acuerdo — tronó la voz del coronel —. ¿Quieren ahora, por favor, dejar libre la radio?

— No faltaba más, coronel — respondió Katia —. Es toda suya.

F I N

Notes

[←1]

Siglas de «Space World Association», Asociación Mundial del Espacio.